

CAP 3

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 3

La Palabra inspirada de Dios

John R. Higgins

La teología, en su intento por conocer a Dios y darle a conocer, tiene como suposición previa que ha habido una revelación de conocimientos acerca de Él. Esta revelación es el fundamento de todas las afirmaciones y los pronunciamientos teológicos. Lo que no haya sido revelado, no puede ser conocido, estudiado ni explicado.

Dicho de manera sencilla, revelación es el acto de dar a conocer algo que anteriormente era desconocido. Lo que estaba escondido, queda ahora al descubierto. Una madre revela lo que está horneando; un mecánico de autos revela lo que hace que el motor no funcione; un niño revela qué animalito tiene saltando en el bolsillo. Así terminan todos estos misterios.

Aunque se producen revelaciones en todos los aspectos de la vida, este término está especialmente asociado a las cuestiones religiosas. “Dondequiera que haya religión, habrá pretensiones de revelación.”¹ Los interrogantes de la fe se centran en el hecho de que Dios se convierte en alguien conocido para los seres humanos. El cristianismo es una religión revelada, basada en la autorrevelación divina.

La Biblia usa una serie de términos griegos y hebreos para expresar el concepto de revelación.² El verbo hebreo *galá* significa revelar a base de descubrir o arrancar algo (Isaías 47:3). Se usa con frecuencia para referirse a la comunicación de sí mismo que Dios hace al pueblo. “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3:7). La palabra griega *apokalpsis* puede ser usada con respecto a personas u objetos, pero se suele usar con respecto a alguna verdad revelada.¹ Por otra parte, es Dios mismo (1 Timoteo 3:16) quien se manifiesta o presenta (gr. *faneroó*).

En otras palabras, la revelación no comprende solamente información acerca de Dios, sino también la presentación de Dios mismo. Con todo, esto no significa que debemos rechazar la revelación proposicional² a favor de la revelación existencial.³ Al contrario, “la revelación acerca de Dios es fundamental para el conocimiento de Dios”.⁴ A través de sus palabras y acciones, Dios da a conocer su persona, sus caminos, sus

conceptos, sus propósitos y su plan de salvación. La meta final de la revelación de Dios es que todos lleguemos a conocerle de una forma real y personal.

Aunque la revelación divina se limita con frecuencia a la autorrevelación de Dios en acciones o palabras originales, también es posible entenderla como una cadena mayor de sucesos reveladores. Esta comprensión más amplia de la revelación divina incluiría la reflexión y la inscripturación (esto es, la puesta por escrito de la revelación) hechas por los autores inspirados, el proceso de canonización de los escritos inspirados y la iluminación por parte del Espíritu Santo de aquello que Dios ha revelado.

3.1 LA REVELACIÓN DE DIOS A LA HUMANIDAD

Inherente al concepto de un Dios que se revela a sí mismo, se halla la realidad de un Dios que es totalmente consciente de su propio ser. Cornelius Van Til describe el conocimiento de sí mismo que Dios tiene, como analítico; es decir, “un conocimiento que no se obtiene por referencia a algo que existe sin aquél que conoce”.⁵ El conocimiento que Dios tiene de sí mismo no procede de que se haya comparado o contrastado con nada que existiese fuera de Él. “Dios tenía en sí mismo todo el conocimiento desde toda la eternidad ... Por consiguiente, todo conocimiento de Dios que llegue a tener jamás cualquier criatura finita, ya sea con respecto a las cosas directamente relacionadas con Él, o con las cosas relacionadas a los objetos del propio universo creado ... tiene que descansar en la revelación de Dios.”¹

El Dios absoluta y eternamente consciente de sí mismo tomó la iniciativa de darse a conocer a su creación.

La revelación de sí mismo por parte de Dios fue una autopresentación deliberada. Nadie obligó a Dios a presentarse; nadie lo descubrió por accidente. En un acto voluntario, Dios se dio a conocer a aquéllos que de otra manera no lo habrían podido conocer. Emil Brunner ve esta autorrevelación como una “incursión desde otra dimensión” que trajo consigo un conocimiento “totalmente inaccesible a las facultades naturales del hombre para la investigación y el descubrimiento”.²

La humanidad finita es invitada a recordar que no es posible hallar al Dios infinito fuera de su propia invitación a conocerle. J. Gresham Machen pone en tela de juicio a los dioses que son obra de los propios humanos:

Un ser divino que yo pueda descubrir por mi propio esfuerzo, sin su bondadosa decisión de revelarse a sí mismo ... sería, o bien un simple nombre para un cierto aspecto de la propia naturaleza humana, un Dios que podríamos hallar dentro de nosotros, o bien ... una simple cosa pasiva que estaría sujeta a la investigación, como las sustancias que se analizan en un laboratorio ... Creo que debemos estar bien seguros de que no podemos conocer a Dios, a menos que a Dios le haya placido revelársenos.³

En el libro de Job, Zofar hace una pregunta: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios?” (Job 11:7). La respuesta es un rotundo “no”. A través de nuestra propia búsqueda, alejados de lo que Dios ha revelado, no podemos conocer nada sobre Dios y su voluntad; ni siquiera sobre su existencia. Porque lo finito no puede descubrir lo infinito; todas las afirmaciones humanas sobre Dios terminan siendo preguntas, más que declaraciones. “Los logros más altos de la mente y el espíritu humanos no son capaces de llegar al conocimiento de Dios.”⁴

La persona nunca progresa más allá de la realidad de que cuanto Dios ha revelado por voluntad propia, fija los límites de todo conocimiento sobre Él. La revelación divina despoja al ser humano de toda pretensión de orgullo, autonomía y autosuficiencia. El Dios del universo se ha dado a conocer; la respuesta necesaria a esta iniciativa es, como la de Kepler, pensar los pensamientos de Dios, siguiéndole a Él.

Dios no se limitó a ser el iniciador de la revelación de sí mismo, sino que también determinó cuál sería esa revelación, la forma que tomaría y las diversas condiciones y circunstancias necesarias para darse a conocer. Su autorrevelación fue una autopresentación controlada. La comunicación de sí mismo fue algo decidido exclusivamente por Él.

Dios fijó los momentos de su revelación. No se reveló de una sola vez, sino que decidió darse a conocer de manera gradual a lo largo de muchos siglos. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres ...” (Hebreos 1:1). Aun para Dios hay “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Eclesiastés 3:7). Él se reveló a sí mismo cuando estaba listo; cuando quiso declarar su nombre y sus caminos (Éxodo 3:14–15).

La manera en que Dios se reveló — ayudando a los seres humanos a comprender su naturaleza, sus caminos y su relación con ellos — fue decidida también por Él. En unas ocasiones era externa, como una voz, un acontecimiento, una nube o un ángel. En otras era interna: un sueño o una visión (Éxodo 13:21–22; Números 12:6; Daniel 9:21–22; Hechos 9:3–4). Con todo, en ambos casos era Dios quien hacía la revelación: era Él quien

escogía la manera en que daría a conocer su verdad.

De igual forma, Dios decidía el lugar y las circunstancias de su revelación. Se dio a conocer en el huerto del Edén, en el desierto de Madián y en el monte Sinaí (Génesis 2:15–17; [Éxodo 3:4–12; 19:9–19](#)). En palacios, lugares de pasto y prisiones, dio a conocer su persona y sus caminos ([Nehemías 1:11; Lucas 2:8–14; Hechos 12:6–11](#)). La búsqueda de Dios por parte del ser humano sólo tiene como consecuencia un encuentro cuando se realiza bajo sus condiciones ([Jeremías 29:13](#)). Dios decide incluso quiénes recibirán su revelación, ya sean pastores o reyes, pescadores o sacerdotes (véase [Daniel 5:5–24; Mateo 4:18–20; 26:63–64](#)).

El contenido de la revelación divina consiste en aquello que Dios quiso comunicar; nada más ni nada menos. Todo lo que se hable acerca de Dios sólo es especulación si se aparta de lo que Él mismo ha revelado. Karl Barth describe a Dios como aquél “hacia el cual no hay sendero ni puente; con respecto al cual no podríamos decir ... una sola palabra si Él no hubiera venido a nuestro encuentro por iniciativa propia”.¹ A partir de la autorrevelación inicial y a lo largo de las edades eternas por parte de Dios, Carl F. H. Henry dice: “El Dios de la Biblia tiene un poder de decisión total con respecto a la revelación.”²

Por consiguiente, la revelación, iniciativa y decisión de Dios, es una comunicación personal. Tiene su origen en un Dios personal y es recibida por una criatura personal. Dios se revela a sí mismo, no como una simple fuerza cósmica o un objeto inanimado, sino como un ser personal que habla, ama y cuida de su creación. Él muestra su desprecio por los “otros dioses”, que sólo son obra de las manos de un artesano ([Isaías 40:12–28; 46:5–10](#)), y se revela a sí mismo en función de unas relaciones personales, identificándose con términos como Padre, Pastor, Amigo, Guía y Rey. En este tipo de relaciones personales los seres humanos tienen el privilegio de conocerle.

La revelación divina es una expresión de la gracia. Dios no tenía una necesidad que lo impulsara a revelarse. La relación perfecta de amor existente entre Padre, Hijo y Espíritu Santo no exigía suplemento externo alguno. Al contrario, Dios se dio a conocer a los seres humanos para beneficio de ellos. El mayor privilegio de la humanidad es poder conocer a Dios, glorificarle y disfrutar de Él para siempre.³ Esta comunicación privilegiada por parte del Creador es un reflejo del amor y la bondad divinos. Sólo gracias a la bondadosa entrega de sí mismo por parte de Dios, es capaz la persona de llegar a conocerle verdaderamente. Brunner considera algo maravillosamente asombroso que “Dios mismo se me dé a

mí mismo, y después de esto, yo pueda entregarme a Él, al aceptar su entrega de sí mismo”.⁴

Carl Henry llama la atención sobre el carácter de “a vosotros, a nosotros” que tiene la revelación divina cuando Dios nos da la inapreciable buena noticia de que Él está llamando a la raza humana a una relación de amor con Él.

El propósito de Dios al revelarse es que lo conozcamos personalmente tal como Él es, aprovechemos su bondadoso perdón y la vida nueva que nos ofrece, escapemos del catastrófico juicio por nuestros pecados y nos lancemos a una relación personal con Él. “Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” ([Levítico 26:12](#)), afirma.¹

En su misericordia, Dios se sigue revelando a la humanidad caída. Caminar con Adán y Eva en el huerto del Edén es una cosa, pero llamar a pecadores rebeldes y descarriados al perdón y la reconciliación, es otra ([Génesis 3:8](#); [Hebreos 3:15](#)). Sería comprensible que la bondadosa revelación de Dios hubiese terminado con la espada de fuego del Edén, el becerro de oro de Israel o la rústica cruz del Calvario. Sin embargo, la revelación de Dios tiene un carácter redentor. “El Dios invisible, escondido y trascendente, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver, ha plantado su Palabra en la situación humana para poder acercarse a sí a los pecadores.”²

La invitación a conocerle personalmente es el don más alto de Dios a la raza humana. Alcanzar este conocimiento es el clamor del corazón del hombre. “Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.”³ Llegar a conocer a Dios de alguna forma equivale a querer conocerle más. “Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” ([Filipenses 3:8](#)).

Está claro que Dios se ha revelado a sí mismo por el bien de la humanidad. Sin embargo, esto no quiere decir que la revelación divina garantice por sí sola una respuesta positiva a Dios por parte de quien la recibe. “Precisamente porque la revelación divina es para beneficio del hombre, no nos atrevemos a oscurecer la información que contiene, ni confundir la presentación de Dios con una salvación automática ... Escuchar solamente las buenas nuevas reveladas por Dios ... no nos redime de manera automática.”⁴

La revelación divina es una proclamación de vida, pero cuando es rechazada, se convierte en proclamación de muerte ([Deuteronomio 30:15](#); [2 Corintios 2:16](#)).

Dios se ha revelado bondadosamente a sí mismo, y ha revelado sus caminos a su creación. Esta autopresentación se extiende a lo largo de los siglos, varía en su forma y ofrece una comunión privilegiada con el Creador. Con todo, esta abundante revelación no ha agotado el misterio del Dios eterno. Hay algunas cosas con respecto a Él y a sus planes, que ha decidido no dar a conocer ([Deuteronomio 29:29](#); [Job 36:26](#); [Salmo 139:6](#); [Romanos 11:33](#)). Esta retención consciente de información sirve como recordatorio de que Dios trasciende su propia revelación. Lo que Él no ha revelado se halla más allá de la necesidad y posibilidad de descubrirlo por parte de las personas.

La revelación tiene tanto su base como sus límites en la voluntad de Dios ... Los seres humanos no tienen, de manera universal, recursos propios para delinear la naturaleza y la voluntad de Dios. Ni siquiera las personas dotadas de capacidades especiales o notables cualidades religiosas pueden adivinar con sus propias habilidades los secretos del Infinito ... de manera que ellas, por su propio poder e iniciativa sean capaces de aclarar los misterios de la eternidad.¹

Las bibliotecas están repletas de explicaciones sobre la autorrevelación divina, pero no se pueden entender esas explicaciones como cosas añadidas a dicha revelación. Como Juan el Bautista, estamos llamados a “dar testimonio de la luz”, no a crear una luz nueva ([Juan 1:7](#)).

En todo momento, Dios mantiene un control absoluto de su propia revelación. No está aprisionado por su propia majestad personal, de tal forma que no se pueda revelar a sí mismo, pero tampoco es incapaz de realizar una revelación selectiva. Tal como es Él quien decide el contenido y las circunstancias de su revelación, también es Él quien decide su extensión. La limitación consciente de su revelación por parte de Dios es un reflejo de su naturaleza personal. “Aunque Dios se revela en su creación, con todo, ontológicamente [en relación con su ser o existencia], trasciende el universo por ser su Creador, y epistemológicamente [con respecto a la naturaleza y los límites del conocimiento humano], trasciende al hombre también.”² El Dios de la Biblia no es un dios producto del panteísmo, sino que se revela a su creación como el Creador; una revelación separada y voluntaria de la que Él tiene un control total.

Aunque los seres humanos nunca podrán agotar por completo el conocimiento de Dios, la revelación divina no está incompleta en lo que respecta a las necesidades de la humanidad. Aunque no sea exhaustivo, lo que Dios ha dado a conocer es suficiente para la salvación, para llegar a ser aceptados ante Él y para instruirnos en la justicia. A través de su revelación, podemos llegar a conocer a Dios y crecer en ese conocimiento

(Salmo 46:10; Juan 17:3; 2 Pedro 3:18; 1 Juan 5:19–20).

El Dios inagotable seguirá trascendiendo su revelación, aunque nuestro conocimiento de Él será mayor o más completo en los cielos (1 Corintios 13:12). Uno de los gozos del cielo será ir desarrollando a lo largo de toda la eternidad una comprensión cada vez mayor de la personalidad de Dios y de su bondadoso trato con los redimidos (Efesios 2:7). No obstante, el que conozcamos sólo “en parte” no altera la validez, importancia y seguridad de la revelación divina del presente.

Cuando se trata de revelación divina, el Dios de la Biblia presenta un marcado contraste con los dioses del paganismo politeísta. Él no es una divinidad local que compite por tener voz en los asuntos de una región con sus lealtades divididas. No es un ídolo mudo tallado en madera o piedra. Tampoco es la proyección de la voz de los dirigentes políticos, que esconden sus ideas en la mitología religiosa. Al contrario, Él es el único Dios verdadero, que es Señor sobre todo el universo. La revelación de su voluntad es ley para todos los pueblos. Él es el juez de toda la tierra (Génesis 18:25; Salmo 24:1; Romanos 2:12–16).

Walter Eichrodt hace la observación de que existe una clara posibilidad lingüística de interpretar el *shemá* hebreo así: “Yahwé nuestro Dios es un Dios único” (Deuteronomio 6:4), lo que indicaría que Yahwé no es un Dios que se pueda dividir en diversas deidades o poderes, como los dioses cananeos.¹ Cuando Él habla, sólo hay una voz; no hay lugar para mensajes confusos o en mutuo conflicto. Aunque Dios pueda decidir revelarse a sí mismo por diversos medios y hablar a través de numerosas personas, el mensaje sigue siendo suyo, y hay una evidente continuidad. En la revelación divina no hay revelaciones dobles ni rivales, sino una unidad que lo abarca todo, y que fluye del Dios uno y único.

En consecuencia, la verdadera revelación divina tiene una exclusividad que le es propia. Henry sugiere dos peligros prominentes que amenazan esta legítima exclusividad. El primero es el peligro de ver la experiencia humana de lo sobrenatural en las religiones no cristianas del mundo como revelación divina válida. Estas religiones no hablan con la voz de Dios, sino con la de Satanás y sus demonios (véase 1 Corintios 10:20). Algunas de ellas llegan incluso a rechazar el indispensable corolario de la revelación divina genuina: la existencia personal de Dios. El segundo es la tendencia a reconocer otras fuentes más de revelación independiente (como la razón humana y la experiencia), junto con la propia revelación divina. Aunque la razón humana nos capacita para conocer la verdad de Dios, la razón no es una nueva fuente donde se origina la verdad divina.²

De igual manera, aunque es posible experimentar la verdad de Dios, no es nuestra experiencia la que crea esa verdad. Nuestra teología no debe estar construida sobre la experiencia subjetiva, sino sobre la Palabra objetiva de Dios. Se debe juzgar nuestra experiencia por la Palabra, y debemos ser como los de Berea, que “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras, para ver si estas cosas eran así” ([Hechos 17:11](#)).

3.2 LAS CATEGORÍAS DE LA REVELACIÓN DIVINA

Las dos categorías primarias de la revelación divina son la revelación general y la revelación especial. La revelación general comprende la presentación que Dios hace de sí mismo mediante maneras mediatas y naturales. La revelación especial es la autopresentación divina mediante maneras inmediatas y sobrenaturales. La teología natural¹ y la teología revelada son las comprensiones teológicas a las que se llega por medio de la razón y la reflexión del ser humano, al observar la revelación general y la revelación especial, respectivamente. Se suele entender como revelación general la forma en que Dios se da a conocer a través de la historia, el ambiente natural y la naturaleza humana.

3.2.1 *La revelación general*

La historia humana. Dios se ha revelado a sí mismo a través de la orientación providencial de la historia humana. Como gobernador divino de su universo, Él obra en la supervisión y dirección de su creación. Guía los asuntos de la humanidad mientras marcha hacia el cumplimiento de sus propósitos. A favor de su pueblo, actúa con fuerza y decisión. Israel se deleitaba en narrar las poderosas “obras de Dios” a lo largo de toda su historia ([Salmo 136](#)). Él es el Dios que pone reyes y quita reyes ([Daniel 2:21](#)). Los credos de la Iglesia recitan las obras redentoras de Dios en la historia. Por ejemplo, el Credo de los Apóstoles destaca las obras de la creación, la encarnación, la crucifixión, la resurrección, la ascensión y la segunda venida de Cristo, y el juicio. El que estudia la historia puede ir siguiendo la mano de Dios en la interacción de las naciones. Como el Dios que es justo y poderoso, sus relaciones con la humanidad tienen continuidad. “La historia tiene un carácter teológico: toda ella presenta la huella de la actividad de Dios”.² Toda la historia se desarrolla bajo el gobierno de los propósitos de Dios, a medida que Él la controla, la guía y actúa personalmente dentro de ella.

La naturaleza. Dios también se revela mediante la naturaleza y el

universo. La creación, con su infinita variedad, belleza y orden, es reflejo de un Dios infinitamente sabio y poderoso. La luna y las incontables estrellas del firmamento son la obra de los dedos del Señor; su nombre es majestuoso en toda la tierra que Él ha creado (**Salmo 8**).

El **Salmo 19** nos proporciona importante información acerca de la revelación general en la naturaleza.

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras (**Salmo 19:1–4a**).

Este pasaje ha estado envuelto en controversias mayormente por la traducción más literal del versículo tres: “No tienen lenguaje, no hay palabras; no se les oye un sonido” (versículo **3**, traducción alterna). Cuatro interpretaciones distintas de este pasaje sugieren cuatro puntos de vista sobre la revelación general en la naturaleza:

1. El universo es mudo y no hay revelación general objetiva a través de la naturaleza.
2. Hay una revelación general objetiva en la naturaleza, pero no es percibida subjetivamente, porque cae en oídos sordos y ojos ciegos afectados de manera adversa por el pecado.
3. No hay revelación general objetiva en la naturaleza. Lo que existe es una revelación general subjetiva que sólo los creyentes hallan en la naturaleza. El que ya conoce a Dios a través de la revelación general, lo halla en la creación.
4. Hay una revelación objetiva general, pero no es presentada en un lenguaje formal escrito o hablado, ni es proposicional en su forma. En lugar de esto, se halla incorporada en el lenguaje de la naturaleza, que trasciende todo lenguaje humano; ha ido hasta los confines de la tierra y está a la disposición de toda la humanidad.

La cuarta interpretación parece ser la que mejor se encuadra dentro del contexto del **Salmo 19** y las enseñanzas de las Escrituras en otros lugares con respecto a la revelación general y a la naturaleza. “El mensaje sin palabras sobre la gloria de Dios se extiende a toda la tierra. Una audiencia mundial ve el reflejo de Dios en el vasto conjunto de cuerpos celestiales que centellean con su luz.”¹ Otros salmos, como el **29**, el **33**, el **93** y el

104, celebran la majestad de Dios, revelada en el ámbito de la naturaleza.

Pablo le habla al pueblo de Listra sobre el testimonio continuo dejado por el Dios creador acerca de su relación con su mundo. “Os anunciamos que ... os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay ... Si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones” (Hechos 14:15, 17).

En su discurso a los atenienses en el Areópago (Hechos 17), Pablo apela a lo que ya les ha sido revelado por medio de la revelación general: que Dios es Creador y soberano sobre su creación. Él es autosuficiente, es la fuente de la vida y de todo lo demás que necesita la humanidad, y se halla cercano y activo en los asuntos humanos. Es importante el hecho de que Pablo dé la razón de esta presentación de sí mismo hecha por Dios en la naturaleza. “Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle” (Hechos 17:27). Esta es la meta positiva de la revelación general.

A Romanos 1:18–21 se le ha llamado la cita clásica en cuanto a la presentación de sí hecha por Dios en la naturaleza.¹ La revelación general a través de la naturaleza se da y se recibe de modo universal. Les lleva la verdad de Dios a todos los seres humanos, incluso a los pecadores. A través de la naturaleza, las cualidades invisibles de Dios — “su eterno poder y deidad” — son hechas visibles. Estas verdades sobre Dios, mediadas por la naturaleza, “se hacen claramente visibles ... siendo entendidas por medio de las cosas hechas” (Romanos 1:20). Los fenómenos de la naturaleza confrontan tanto la percepción de los sentidos como la reflexión de la mente.

La revelación de la naturaleza es una revelación procedente de Dios, y sobre Dios. “Lo que habla Dios en la naturaleza no se debe confundir con la noción de un cosmos parlante, como la que tienen quienes insisten en que la naturaleza habla y que, por lo tanto, debemos escuchar lo que dice, como si fuera la voz de Dios. El mensaje bíblico dice: ¡Escuchad a Dios!, y no: ‘¡Oíd a la naturaleza!’.”²

Dios se revela en el orden creado de la naturaleza; con todo, no se le debe identificar con el universo creado, como insiste el panteísmo. La tierra y el universo creado no son dios, ni dioses. Si lo fuesen, destruirlos sería destruir a Dios. Por otra parte, Dios se halla envuelto en los procesos en marcha dentro del universo que Él creó, y se revela a sí mismo de muchas formas.

Lamentablemente, el pecador rebelde sofoca la verdad procedente de la naturaleza acerca de Dios, incluyendo su ira ([Romanos 1:18](#)), sumiéndose en una impiedad aún mayor ([Romanos 1:21–32](#)).

La naturaleza humana. La revelación general incluye también la autorrevelación de Dios por medio de nuestra propia naturaleza humana. La raza humana fue creada a imagen de Dios ([Génesis 1:26–27](#)). La caída trajo consigo un rompimiento de relaciones con Dios. Con todo, la imagen de Dios en los seres humanos no fue aniquilada por ella.

Aunque el hombre sea totalmente pecador, la Biblia reconoce que es una criatura racional con la cual Dios puede comunicarse ... De aquí la invitación divina: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta.” Además, hay textos del Nuevo Testamento, como [Efesios 4:24](#) y [Colosenses 3:10](#), en los que se nos asegura que existe ciertamente un punto válido de contacto a nivel epistemológico (esto es, al nivel de un conocimiento genuino) entre Dios y el hombre.¹

Después de la caída, esta imagen quedó desfigurada y distorsionada, pero no destruida por completo ([Génesis 9:6](#); [Santiago 3:9](#)). Necesita una renovación.

Aunque de manera inadecuada, la naturaleza moral y espiritual de la humanidad refleja el carácter moral del Creador santo y perfecto. Se afirma repetidamente en las Escrituras, y es el testimonio, tanto de misioneros como de antropólogos, que existe una conciencia universal, aunque distorsionada, de que hay una conexión entre la humanidad y Dios.² [Romanos 2](#) atestigua la validez de la revelación divina a través de la naturaleza humana, aun alejada de toda revelación especial por parte de Dios ([Romanos 2:11–15](#)). Los que no tienen la ley mosaica “hacen por naturaleza lo que es de la ley”, porque tienen “la obra de la ley escrita en sus corazones” ([Romanos 2:14–15](#)). Ni siquiera aquellas personas apartadas de Dios por causa del pecado se hallan privadas de una conciencia moral y de impulsos morales que reflejan normas de conducta. La bondadosa revelación moral de Dios al corazón humano mantiene a la humanidad pecadora alejada de una autodestrucción incontrolada.

Los judíos tenían en la ley un código moral escrito. En cambio, los gentiles tenían conceptos morales básicos que eran el cimiento de la ley escrita en su corazón.¹ Cuando Pablo habla de “la obra de la ley”, está haciendo notar que los gentiles no tienen una ley diferente, sino que en esencia, es la misma ley que afrontan los judíos. Esta “ley del corazón” sólo es menor en cuanto a detalles y claridad. El principio unificador entre la ley escrita y la del corazón es la fuente de ambas: Dios mismo.

Muchos limitan este modo de revelación general a la conciencia de la persona. Sin embargo, parece preferible incluir toda la naturaleza moral del ser humano, lo que incluiría también la conciencia. Ésta da testimonio de la “revelación de Dios al corazón” como un “segundo conocer”² junto a lo que ya ha sido revelado. El “testimonio conjunto” de la conciencia juzga si alguien está viviendo en obediencia a las cosas de la ley escritas en el corazón. Además de esto, sus propios pensamientos acusan o excusan al individuo, a base de su obediencia o desobediencia a la ley del corazón (Romanos 2:15). Por consiguiente, aun cuando nunca se hayan enfrentado a la ley escrita de Dios, las personas sin regenerar experimentan incontables conflictos mentales cada día, al enfrentarse a la ley de Dios que llevan dentro.

La revelación general trae un conocimiento cognoscitivo de Dios a toda la humanidad. Este conocimiento es verdadero, claro e inexorable. “El testimonio del Dios creador sobre sí mismo ... continúa cada día, cada hora y un momento tras otro. El hombre caído, en su vida cotidiana, nunca está completamente desprendido o aislado de la revelación de Dios.”³ La persona que declara que no hay Dios es sumamente necia, puesto que dicha declaración niega lo que sabemos en las profundidades de nuestro propio ser y lo que podemos ver desplegado ante nosotros en cada momento de la vida.

Bruce Demarest hace una lista de diecinueve aspectos concretos del conocimiento sobre Dios que, según las Escrituras, le llegan a la humanidad por medio de la revelación general.⁴ Este autor llega a la conclusión de que “la gloria de Dios (Salmo 19:1), la naturaleza divina (Romanos 1:20) y sus exigencias morales (Romanos 2:14–15) son conocidas hasta cierto punto a través de la revelación general”.¹ Esta revelación de sí mismo es objetiva, racional y válida, cualquiera que sea la respuesta del ser humano a una revelación especial de Dios, o su posibilidad de acceso a ella. “La revelación general no es algo que encuentran en la naturaleza los que conocen a Dios en otros terrenos; es algo ya presente, por la creación y providencia continua de Dios.”²

Afirmar la validez de una revelación general objetiva no equivale a negar las consecuencias de la caída con respecto a dicha revelación. La Biblia afirma claramente que el pecado ha afectado de manera adversa el conocimiento de Dios en la humanidad (Hechos 17:23; Romanos 1:18–21; 2 Corintios 4:4). El pecado obscurece el conocimiento objetivo de Dios que nos viene a través de la revelación general, hasta el punto de que limita ese conocimiento a una comprensión cognoscitiva de que Dios existe en majestad y poder, y ejecuta un juicio moral. Los efectos del

pecado en el intelecto han influido sobre los presupuestos y las conclusiones filosóficas de la persona y han corrompido la voluntad. “Los no creyentes no son hijos de Dios, no porque no tengan conocimiento de Él, sino porque les faltan dedicación espiritual y obediencia vocacional.”³

La humanidad pecadora suprime y rechaza voluntariamente el conocimiento de Dios. Fabrica sustitutos de la verdad, quebranta la ley de Dios que lleva sellada en el corazón e inventa nuevos dioses. El conocimiento del Dios verdadero a través de la revelación general es pervertido hasta convertirse en la fuente de los dioses de muchas religiones del mundo.⁴ Se hace a Dios a la imagen de los seres humanos, en lugar de reconocer estos seres humanos que ellos fueron hechos a imagen de Dios.

A pesar de la popularidad de un neouniversalismo (véase el capítulo 10) que acepta la verdad en todas las religiones, necesitamos reconocer que estas religiones son serias distorsiones de la verdadera revelación de Dios. No se debe aplaudir a las personas que buscan a Dios en las religiones falsas como “suficientemente buenas”. La ira de Dios está sobre ellas por causa de su idolatría ([Romanos 1:18, 23–32](#)).

La supresión de la verdad de Dios en la revelación general no nos libra de la responsabilidad de apropiarnos de dicha verdad.

La revelación [cognoscitiva] de Dios invade y penetra la misma mente y conciencia de todo hombre, a pesar del hecho de que, enfrentados a esta misma revelación, los hombres no *decidan* conocer [de manera existencial] a Dios ... La situación del hombre no es de agnosticismo natural, ni se le llama a confiar en Dios en ausencia de un conocimiento cognoscitivo; lo que sucede realmente, es que el hombre pecador viola lo que sabe que es verdadero y correcto.¹

Sólo podemos suprimir lo que hayamos experimentado anteriormente. La revelación general les lleva el conocimiento de Dios a todas las personas, y “aunque se le reprima, no es destruido. Permanece intacto, aunque profundamente sumido en el subconsciente”.² Puesto que este conocimiento de Dios llega a todos, quedan todos sin excusa alguna delante de Él ([Romanos 1:20](#)).

Al mismo tiempo que afirma la realidad de la revelación general objetiva, la Biblia niega la validez de una teología natural que se base solamente en la razón humana. No se puede reflexionar sobre la verdad revelada en la revelación general y desarrollar una teología que permita llegar a un conocimiento salvador de Dios. Lo que dice Pablo en [Romanos 1 y 2](#) con respecto a la revelación general debe ser comprendido a la luz

del capítulo 3, en el que insiste en que todos estamos por debajo de la norma divina y, por tanto no hay uno solo que sea justo ([Romanos 3:10, 23](#)). La revelación general no fue pensada para permitirnos desarrollar nuevos conocimientos de Dios a partir de la verdad que lleva consigo. Más bien, la verdad de la revelación general “sirve, como lo hace la ley [de la Escritura] simplemente para hacer culpable, no para hacer justo”.³ No obstante, sí hace que el creyente se regocije en la verdad ([Salmo 19:1](#)) y el Espíritu la puede utilizar para hacer que alguien busque la verdad ([Hechos 17:27](#)).

En respuesta a la preocupante cuestión de la justicia de Dios al condenar a aquéllos que nunca han oído el evangelio en sentido formal, Millard J. Erickson afirma: “Nadie está totalmente privado de oportunidad. Todos han conocido a Dios; si no lo han percibido de manera eficaz, es porque han suprimido la verdad. De manera que todos son responsables.”⁴ No obstante, es importante que no veamos la revelación general como la insensibilidad de Dios, sino como la misericordia de Dios ([Romanos 11:32](#)). “La revelación general cósmico-antropológica tiene solución de continuidad con la revelación especial de Dios en Jesucristo, no sólo porque ambas pertenecen a la revelación total del Dios viviente, sino también porque la revelación general establece y resalta la culpa universal del hombre, a quien Dios ofrece rescate en la manifestación redentora especial de su Hijo.”¹

Tal como lo hace la ley escrita, la revelación general condena a los pecadores con el fin de señalarles que hay un Redentor externo a ellos mismos. Su intención es guiarlos a la revelación especial. De hecho, la insuficiencia de la revelación general para salvar a la humanidad caída hacía necesaria una revelación especial de Jesucristo como la Verdad que libera a los humanos de la esclavitud del pecado ([Juan 8:36](#)).

3.2.2 La revelación especial

Porque no es posible llegar al plan divino de redención a través de una teología natural, se necesita una teología revelada mediante una revelación especial de Dios. Por ejemplo, las normas morales, los mandatos y prohibiciones dirigidos a Adán en el Edén fueron fijados mediante una revelación especial, no general. Aunque precediera a la caída, la revelación especial es comprendida primariamente en función de un “propósito redentor”. La revelación especial complementa la autopresentación de Dios en la naturaleza, la historia y la humanidad, y edifica sobre el fundamento de la revelación general. Con todo, puesto

que la revelación general no puede traer salvación, el contenido adicional de verdad que tiene la revelación especial es esencial ([Romanos 10:14–17](#)).

Personal. “A través de Jesucristo, revelado en las Escrituras inspiradas, el hombre llega a conocer a Dios *personalmente* en una relación redentora. A partir de su conocimiento de cosas *acerca* de Dios (su existencia, perfecciones y exigencias morales), el hombre obtiene un conocimiento práctico de *Dios mismo* en una relación de comunión personal.”² Mientras la neo-ortodoxia considera la revelación especial solamente en la persona de Cristo,³ y ve las Escrituras sólo como “testimonio” de esta revelación divina, “el cristianismo evangélico reconoce como revelación, tanto la Palabra viva como la Palabra escrita”.⁴

La restricción neo-ortodoxa de la revelación a un encuentro personal no proposicional con Dios [quien es el “totalmente otro”], no es capaz tampoco de hacer justicia a toda la gama de enseñanzas bíblicas. Aunque la Palabra [viva] representa la forma más elevada de autopresentación de Dios, las Escrituras limitan muy poco la revelación de Dios a esta importante modalidad.¹

Llegamos a conocer a Jesucristo a través de la revelación especial de las Escrituras. “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” ([Juan 20:31](#)).

Comprensible. En la revelación especial de las Escrituras, Dios se reveló a sí mismo de forma antrópica; esto es, dentro del carácter del lenguaje humano de sus tiempos, usando categorías humanas de pensamiento y actuación. Erickson tiene una útil sección donde trata de la equivalencia de lenguaje usada en la comunicación verbal de Dios. Distingue entre los términos “unívoco” (una palabra con un solo significado; por ejemplo, “alto”) y “equivoco” (una palabra que posee varios significados totalmente distintos; por ejemplo, “décima”, en “una décima de grado” y “componer una décima o espinela”) y sugiere que las Escrituras usan un lenguaje analógico (entre unívoco y equivoco; por ejemplo, andar en “andar por el parque” y “el motor está andando”).

En el uso analógico, siempre hay por lo menos algún elemento unívoco ... Cada vez que Dios se ha revelado a sí mismo, ha escogido elementos que son unívocos en su universo y en el nuestro ... Al usar el término analógico, queremos decir “el mismo en sentido cualitativo”; en otras palabras, la diferencia es más de grado que de clase o género.²

Es decir, que cuando la Biblia usa palabras como “amar”, “dar”,

“obedecer” o “confiar”, estas palabras tienen el mismo significado básico, tanto para nosotros como para Dios (al mismo tiempo, su amor, por ejemplo, es inmensamente mayor que el nuestro). De esta forma le es posible a Dios comunicarse en las Escrituras a través de proposiciones verbalmente racionales.

Lo que hace posible este conocimiento analógico es que quien escoge los componentes que Dios usa es Él mismo ... Dios ... que conoce completamente todas las cosas, sabe por consiguiente qué elementos del conocimiento y la experiencia humana son suficientemente similares a la verdad divina, para que se les pueda utilizar a fin de ayudar a construir una analogía con sentido.³

Puesto que no es posible verificar este concepto analógico de la comunicación por medio de la razón humana sola, ya que no estamos en posesión de todos los datos, abrazamos esta suposición previa como una cuestión de fe. Sin embargo, es racionalmente defendible a la luz de la afirmación de las propias Escrituras sobre su condición de revelación divina.

La humanidad depende de Dios en cuanto a la revelación especial. Puesto que sólo conocemos la esfera humana de conocimiento y experiencia (y ésta en un grado mínimo), somos incapaces de desarrollar alguna revelación especial que sea válida. Sólo Dios tiene conocimiento de sí mismo, y sólo Dios se puede dar a conocer. Puesto que Él ha decidido revelarse de forma analógica, lo podemos percibir. Sin embargo, puesto que lo finito no es capaz de captar completamente lo infinito, nunca conoceremos a Dios de manera exhaustiva. “Dios siempre permanece *incomprensible* ... Aunque *lo que sabemos* sobre Él es lo mismo que el conocimiento que Él tiene de sí mismo, el grado de nuestro conocimiento es mucho menor.”¹ El conocimiento de Dios a través de las Escrituras es limitado, aunque verdadero y suficiente.

Progresiva. Dios no reveló toda la verdad que quería presentar acerca de sí mismo y de sus caminos en las Escrituras, en un solo momento, sino a lo largo de un período de cerca de quince siglos ([Hebreos 1:1-2](#)). La revelación especial fue progresiva, no en el sentido de un desarrollo evolutivo gradual, sino en el sentido de que la revelación posterior se edificaba sobre la anterior. “Esto no significa que hubiese en la revelación especial un movimiento desde la no-verdad hacia la verdad, sino desde una revelación menor hacia una revelación mayor.”² La primera de todas las revelaciones era verdadera y presentaba adecuadamente el mensaje de Dios. La revelación posterior sirvió para complementar o suplementar lo que Dios había revelado antes, pero nunca para corregirlo o contradecirlo.

Su revelación debía, como un todo, enseñar a la humanidad quién es Él, cómo es posible reconciliarse con Él y cómo vivir de una manera aceptable ante Él.

Escrita. Ciertamente, los modos de la revelación especial no se limitan a las Escrituras. Dios se ha revelado a sí mismo en sus poderosos actos redentores, a través de sus profetas y apóstoles, y de la forma más dramática, a través de su propio Hijo ([Hebreos 1:1](#)). Nos podríamos preguntar por qué Dios pensó que era necesario o importante escribir gran parte de esta revelación, creando las Escrituras como una revelación especial única de sí mismo. A continuación expresamos tres razones plausibles.

En primer lugar, se necesita una norma objetiva por medio de la cual se puedan poner a prueba las demandas de las creencias y prácticas religiosas. La experiencia subjetiva es demasiado oscura y variable para proporcionar seguridad en cuanto a la naturaleza y la voluntad de Dios. Teniendo en cuenta la importancia eterna del mensaje de Dios a la humanidad, lo que se necesitaba no era “un sonido incierto”, sino una “palabra ... más segura” ([1 Corintios 14:8](#); [2 Pedro 1:19](#)). La existencia de una norma escrita de revelación proporciona la seguridad y la confianza del “esto dice el Señor”.

En segundo lugar, una revelación divina escrita asegura la plenitud y continuidad de la autorrevelación divina. Puesto que la revelación especial es progresiva, y la posterior se edifica sobre la anterior, es importante que cada ocasión en que haya habido revelación quede escrita para llegar a una comprensión más plena del mensaje completo de Dios. Hablando en sentido general, la continuidad entre el Antiguo Testamento y el Nuevo nos permite comprender con mayor claridad el mensaje de redención. Concretamente, sería difícil entender la carta a los Hebreos sin tener conocimiento del sistema de sacrificios que se detalla en el Pentateuco. Por tanto, al tener el “todo” escrito, las “partes” adquieren mayor sentido.

En tercer lugar, una revelación escrita es la que mejor conserva la verdad del mensaje de Dios de manera integral. Durante largos períodos de tiempo, la memoria y la tradición tienden a ser cada vez menos dignas de confianza. El decisivo contenido de la revelación divina debe ser pasado de manera adecuada de una generación a la siguiente. El mensaje que recibimos acerca de Dios hoy, debe contener las mismas verdades reveladas a Moisés, David o Pablo. Los libros han sido el mejor método para conservar y transmitir las verdades en su integridad de generación en generación.

Transmitida. Al sostener la revelación especial de Dios de manera permanente, la Biblia es al mismo tiempo registro escrito e intérprete de Dios y de sus caminos. La revelación escrita de Dios se halla confinada a los sesenta y seis libros del Antiguo Testamento y del Nuevo. El total de su revelación que Él quiso que se conservara para beneficio de toda la humanidad se halla almacenado íntegramente en la Biblia. Escudriñar las Escrituras es hallar a Dios tal como El quiere que le conozcamos (Juan 5:39; [Hechos 17:11](#)). La revelación de Dios no es una simple ojeada momentánea, sino una presentación permanente. Él nos invita a volver una y otra vez a las Escrituras, para aprender sobre Él en ellas.

En las Escrituras se reúnen los actos de revelación por parte de Dios y sus palabras autorreveladoras. “La revelación de las poderosas obras de Dios, sin una revelación sobre el significado de esas obras, es como un programa de televisión sin sonido; lanza sin esperanza al hombre de vuelta a sus conjeturas sobre el significado divino de lo que Dios está haciendo.”¹ La Biblia recoge fielmente los actos de Dios y aumenta nuestra comprensión de ellos al proporcionarnos la interpretación de Dios mismo con respecto a esos actos. “No es posible comprender las obras, a menos que estén acompañadas por la palabra divina.”² En la Biblia, los sucesos de la revelación se hallan indivisiblemente unificados con su interpretación inspirada.

La Biblia no se limita a acumular la revelación de Dios, sino que también nos trae esa revelación histórica a nosotros en el presente. Aun Moisés indicó lo importante que era escribir la revelación, de manera que pudiera beneficiar al pueblo de Dios también en ocasiones posteriores ([Deuteronomio 31:24–26](#)). Dios ha hablado en el pasado, y a través del registro escrito de las Escrituras, sigue hablando. “Lo que dicen las Escrituras, lo dice Dios.’ La Palabra divina toma forma permanente en las Escrituras, que son el vehículo duradero de la revelación especial y proporcionan el marco conceptual en el que nos encontramos ... con Dios.”³ Lo que Dios les dijo a otros en el pasado, ahora nos lo dice a nosotros a través de las Escrituras.

Con frecuencia suele surgir el debate sobre si la Biblia es la Palabra de Dios, o simplemente contiene esa Palabra de Dios. En realidad, ambas ideas son ciertas, aunque partan de perspectivas diferentes. La revelación que precedió a su puesta por escrito, fue recogida más tarde como parte del mensaje de las Escrituras. Por consiguiente, el registro bíblico contiene la Palabra de Dios que posiblemente llegara a alguien mucho antes de que fuera escrito. Por ejemplo, la Biblia presenta a Dios hablando con Abraham o con Jacob ([Génesis 12:1](#); [46:2](#)). Con todo, este hecho no

autoriza la distinción barthiana entre la Palabra de Dios como divina y su registro en las Escrituras como humano.⁴ Al contrario, la Biblia es “un libro divino-humano en el cual cada palabra es al mismo tiempo divina y humana”.⁵ Toda la Escritura es la Palabra de Dios, en virtud de la inspiración divina de sus autores humanos. La Palabra de Dios en la forma de la Biblia es un registro inspirado de sucesos y verdades de autorrevelación divina. Benjamín B. Warfield insiste en que la Escritura no es simplemente “el registro de los actos redentores mediante los cuales Dios está salvando al mundo, sino que [es] ella misma uno de estos actos redentores, teniendo su propio papel que representar en la gran obra de establecer y edificar el reino de Dios”.¹

Un tema clave en este debate es el de si Dios puede revelarse a sí mismo de forma proposicional, y si lo ha hecho. La neo-ortodoxia contempla la revelación de Dios como “personal, pero no proposicional”, mientras el movimiento evangélico la ve como personal, “cognoscitiva y proposicional”.² La forma en que definamos la revelación determina si la Biblia es coextensiva con la revelación especial. Si definimos la revelación solamente como el acto o proceso de revelar, entonces la Escritura no es revelación, puesto que con frecuencia hubo revelación mucho antes de que fuera escrita. En cambio, si definimos la revelación también como el resultado o producto de lo revelado por Dios, entonces la Escritura, como registro exacto de la revelación original, tiene el derecho de ser llamada revelación especial.³

3.3 LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS

3.3.1 *Los rivales de las Escrituras*

Históricamente, la iglesia cristiana ha reconocido la autoridad de las Escrituras en asuntos de fe y conducta. Esto no significa que no hayan existido, o sigan existiendo, rivales de la proclamación de autoridad plena que hace la Biblia para sí. Estos rivales han tendido a subordinar, condicionar o igualar la autoridad de las Escrituras. El rival más antiguo fue la tradición oral. Junto a la Palabra escrita, circulaban ampliamente relatos y enseñanzas de tipo religioso. Sin embargo, la transmisión oral, cualquiera que sea el tema, está sujeta a alteración, desarrollo, cambio y desviación. Las Escrituras proporcionaron una norma, un punto de referencia para la palabra oral. Por consiguiente, cuando la tradición oral está de acuerdo con las Escrituras, refleja la autoridad de ésta; en cambio, donde se desvía de la Palabra escrita, se desvanece su autoridad.

Una segunda pretensión de autoridad religiosa es la de la Iglesia. Los católicos romanos sostienen esto, porque la Iglesia fue divinamente establecida por Cristo, y proclamó el evangelio antes de que fuera puesto por escrito. Los católicos romanos afirman también que fue la institución la que produjo las Escrituras del Nuevo Testamento, y en cierto sentido, estableció el canon de las Escrituras. En la práctica, la iglesia católica se coloca a sí misma por encima de las Escrituras. Aunque originalmente sostenía la supremacía de las Escrituras, ya en los tiempos de la Reforma había exaltado sus tradiciones al nivel de ellas. Más importante es el hecho de que la Iglesia católica insistía en que las enseñanzas de la Biblia sólo se podían mediatizar correctamente a través de la jerarquía eclesiástica. Sutilmente, la iglesia romana había usurpado la autoridad de las Escrituras y había investido con ella las enseñanzas que ella protegía. Consecuentemente, el grito unificador de los reformadores protestantes fue el de *Sola Scriptura* (“Solamente la Escritura”). La Biblia dada por Dios habla directamente a la persona con la autoridad del mismo Dios. “No necesita de papas ni concilios para decirnos, como procedente de Dios, lo que significa; de hecho, puede retar a los pronunciamientos papales y conciliares, convencerlos de ser impíos e inciertos, y exigirles a los fieles que se separen de ellos.”¹

Cuando la Iglesia habla bíblicamente, habla con autoridad; cuando no lo hace, los individuos están autorizados para rechazar y poner en tela de juicio toda afirmación de autoridad que haga. Éste es el caso, no sólo con respecto a la iglesia católica romana, sino a cualquier voz eclesiástica autoritaria.

En ocasiones, también se ha permitido a los credos, confesiones y demás normas eclesiales, de manera consciente o inconsciente, convertirse en rivales de la autoridad de la Escritura. A lo largo de la historia, las iglesias y sus dirigentes han hablado con todo derecho sobre temas importantes de vida y doctrina. Personas piadosas, altamente dotadas por Dios, se han esforzado por presentar normas cristianas pensadas para reflejar la actitud y la voluntad de Dios. Una y otra vez, se ha acudido a estos documentos en busca de orientación autoritaria. Sin embargo, no cabe duda de que los escritores serían los primeros en reconocer que sus obras son falibles y están abiertas a revisión, aunque es fácil reconocer la importante erudición bíblica que respalda estos importantes escritos. Además, todos los grandes credos de la Iglesia reconocen la autoridad plena de las Escrituras. Estos piadosos esfuerzos son de agradecer. Dios los ha usado para su gloria. No obstante, se les debe mantener en su relación correcta con las Escrituras. Permitirles convertirse en rivales de la autoridad bíblica es destruir su propio valor normativo y rebajar la

Palabra de Dios que ellos anhelan honrar. El reconocimiento de la autoridad exclusiva de las Escrituras es el que establece el valor de estas otras normas.

La autoridad de las Escrituras ha sido retada también por lo que algunos conciben como la autoridad del encuentro personal de un individuo con Dios. Es decir, que lo capital es el encuentro de la persona con la Palabra viva, y no su encuentro con la Palabra escrita. Los que sostienen este punto de vista dicen que se puede usar la Biblia para contribuir a que se produzca este encuentro; sin embargo, la Biblia “no tiene autoridad en sí misma, sino más bien en virtud del Dios del que da testimonio, y que habla en sus páginas”.¹ Esto es sutilmente distinto a decir que la Biblia tiene autoridad porque es la Palabra de Dios de una manera inherente. Los existencialistas creen que, a través del encuentro con Dios, “la Biblia debe convertirse una y otra vez en su Palabra para nosotros”.²

Es cierto que la autoridad del cristiano es más que papel y tinta, pero “no se puede distinguir la revelación proposicional de Dios ... de la autorrevelación divina”.³ No hay ningún encuentro con Dios cuya autoridad sobrepase la autoridad de su Palabra escrita. De ser así, la “experiencia de Dios” de los místicos hindúes, o de alguien que use drogas alucinógenas podría reclamar para sí la misma autoridad. La validez del encuentro personal con Dios está determinada por la autoridad de las Escrituras que lo revelan. Debemos comprobar y juzgar todas las experiencias personales a la luz de las Escrituras.

Aun el Espíritu Santo ha sido considerado por algunos como rival de la autoridad bíblica. D. Martyn Lloyd-Jones ve al pentecostalismo y al catolicismo romano en los extremos opuestos en aspectos como estructura y jerarquía, pero muy similares en su insistencia sobre la autoridad. El catolicismo insiste en la autoridad de la Iglesia, mientras que algunos pentecostales parecen insistir en la autoridad del Espíritu por encima de la autoridad de la Palabra.⁴ Erickson cita una interesante encuesta Gallup de 1979, donde se señala que fue mayor el número de jóvenes de dieciocho a veintinueve años que escogieron al Espíritu Santo antes que a la Biblia como autoridad religiosa principal suya.⁵ Algunos elevan una “impresión directa” del Espíritu Santo o una manifestación del Espíritu, como la profecía, por encima de la Palabra escrita.¹ El Espíritu Santo es quien inspiró la Palabra y quien le da su autoridad. Él no puede decir nada contrario a la Palabra inspirada, ni más allá de lo que ella declara.

A estas pretensiones de rivalidad en cuanto a autoridad religiosa, se

unen un sinnúmero de religiones y sectas religiosas de todo el mundo. ¿Se debe creer a Jesús por encima de Sun Myung Moon? ¿Tiene el Corán tanta autoridad como la Biblia? ¿Lleva consigo una palabra actual de profecía la autoridad de las Escrituras? Éstas y otras cuestiones prácticas hacen esencial que consideremos seriamente las evidencias a favor de la autoridad bíblica. Virtualmente todas las religiones tienen sus escrituras sagradas. Aunque muchas de ellas puedan contener enseñanzas morales valiosas, el cristianismo ha sostenido históricamente que la Biblia es la Palabra de Dios de una manera única y exclusiva.

3.3.2 Evidencias a favor de la autenticidad de las Escrituras

Los párrafos siguientes presentan algunas de las evidencias a favor de la identificación de la Biblia como la Palabra de Dios.

Apoyo interno. Es legítimo buscar la fuente y el carácter de un escrito a base de examinar el contenido del propio escrito. La Biblia proporciona un testimonio interno convincente sobre su autoridad única como mensaje procedente de Dios. “Es ... la evidencia interna positiva de un origen divino la que les da poder y autoridad a las demandas de la Biblia.”²

La Biblia despliega una asombrosa unidad y cohesión interna en su contenido, teniendo en cuenta la gran diversidad de sus escritos. Fue escrita durante un período de alrededor de quince siglos, por más de cuarenta autores procedentes de todos los tipos de vida: político, pescador, agricultor, médico, rey, soldado, rabino, pastor y otros. Escribieron en lugares distintos (por ejemplo, en el desierto, un palacio, la prisión) y durante circunstancias diversas (por ejemplo, en la guerra, en el exilio, de viaje). Algunos escribieron historia, otros leyes y otros poesía. Los géneros literarios van desde la alegoría hasta la biografía y la correspondencia personal. Todos tenían su propio fondo cultural y experiencias, así como sus propios puntos fuertes y débiles. Escribieron en distintos continentes, en tres idiomas y sobre centenares de temas. Con todo, sus escritos se combinan para formar un todo coherente que desenvuelve de manera hermosa la historia de la relación entre Dios y la humanidad. “No es una unidad superficial, sino una unidad profunda ... Mientras más profundamente la estudiemos, más completa descubriremos que es esa unidad.”¹

Josh McDowell relata una interesante historia en la que compara la Biblia con una colección llamada *Grandes libros del mundo occidental*. Aunque el conjunto de libros abarcaba muchos autores diferentes, el vendedor admitió que no ofrecía “unidad”, sino que se trataba de un

“conglomerado”.² “La Biblia no es una simple antología; hay una unidad que la mantiene unida en su totalidad. Las antologías son recopiladas por antologistas, pero no hay ningún antologista que haya recopilado la Biblia.”³ La forma más plausible de explicar una unidad tan extraordinaria, es considerarla el resultado de la revelación por parte del Dios único.⁴

La Biblia, por su correlación con la compleja naturaleza de la persona humana, se refiere a todos los aspectos esenciales de la vida. Al mismo tiempo que una persona lee la Biblia, la Biblia a su vez lee a la persona. Aunque escrita hace siglos, se dirige poderosamente a las necesidades humanas de cada generación. Es la voz de Dios que penetra hasta el núcleo mismo de nuestro ser, proporcionando respuestas razonables a los grandes interrogantes de la vida ([Hebreos 4:12–13](#)). La Palabra de Dios dirige continuamente al lector hacia Dios, como la fuente de significado y razón de ser para sí mismo y para su mundo. Para quien abraza su mensaje, la Palabra tiene un poder transformador. Crea fe en el corazón y lleva a la persona a un dinámico encuentro con el Dios viviente ([Romanos 10:17](#)).

Las Escrituras presentan unas normas éticas que sobrepasan lo que se podría esperar de un hombre o una mujer corrientes. Exhortan a una moralidad que excede nuestra propia medida de justicia. “Cada uno de estos escritos ... ha representado ideas morales y religiosas sumamente adelantadas para la edad en la que ha aparecido, y estas ideas son aún las que guían al mundo.”⁵ La Biblia se enfrenta francamente al fracaso humano y al problema del pecado. Su sistema ético lo abarca todo; incluye todos los aspectos de la vida. La preocupación de la ética bíblica no es solamente lo que uno hace, sino lo que uno es. La adhesión a un código externo está por debajo de las exigencias bíblicas de una bondad interna ([1 Samuel 16:7](#); [Mateo 5; 15:8](#)). Tanto los fallos morales de la persona, como su redención moral, son comprendidos sólo en función de su relación con un Dios santo. Mediante la Biblia, Dios no nos llama a una reforma, sino a una transformación, al convertirnos en nuevas criaturas en Cristo ([2 Corintios 5:17](#); [Efesios 4:20–24](#)).

Por todas las Escrituras aparecen profecías que hablan sobre sucesos futuros, muchas de ellas con siglos de anticipación. La exactitud de estas predicciones, tal como lo demuestra su cumplimiento, es absolutamente notable. Hay veintenas de profecías que se refieren a Israel y a las naciones vecinas. Por ejemplo, Jerusalén y su templo serían reconstruidos ([Isaías 44:28](#)); y Judá, aunque rescatado de los asirios, caería en manos de Babilonia ([Isaías 39:6](#); [Jeremías 25:9–12](#)). Se menciona por su nombre a

Ciro de Persia, el restaurador de Judá, más de un siglo antes de que naciese (Isaías 44:28).¹ La Biblia contiene centenares de profecías hechas siglos antes de los sucesos reales.² Entre ellos se incluyen el nacimiento virginal de Cristo (Isaías 7:14; Mateo 1:23), el lugar donde nacería (Miqueas 5:2; Mateo 2:6), la forma en que moriría (Salmo 22:16; Juan 19:36) y el lugar donde sería sepultado (Isaías 53:9; Mateo 27:57–60).³

Algunos críticos, al cambiarles la fecha a diversos libros del Antiguo Testamento, han tratado de reducir al mínimo el milagro predictivo de la profecía bíblica. Sin embargo, aun cuando estuviésemos de acuerdo con las fechas tardías, las profecías aún habrían sido escritas centenares de años antes del nacimiento de Cristo. (Puesto que la traducción de los Setenta de las Escrituras hebreas fue terminada alrededor del año 250 a.C., esto indicaría que las profecías contenidas en dichos escritos se habrían debido hacer antes de esa fecha.)

Hay quienes han sugerido que las profecías no predecían las actividades de Jesús, sino que Él actuó de manera deliberada para cumplir lo que se decía en el Antiguo Testamento. No obstante, muchas de las predicciones concretas se hallaban más allá del control o la manipulación de los seres humanos. Tampoco fue el cumplimiento de las predicciones una serie de simples coincidencias, teniendo en cuenta el importante número de personas y sucesos implicados. Peter Stoner examinó ocho de las predicciones acerca de Jesús y llegó a la conclusión de que, en la vida de una persona, las probabilidades de que aun estas ocho se diesen por coincidencia, eran de una en 100,000,000,000,000,000.¹ La única explicación racional de tantas predicciones a largo plazo exactas y concretas es que el Dios omnisciente, quien es el soberano de la historia, les reveló estos conocimientos a los escritores humanos.

Apoyo externo. La Biblia tiene también aspectos de apoyo externo para su afirmación de que es una revelación divina. ¿Quién podría negar su enorme influencia en la sociedad humana? Ha sido impresa en parte o completa en cerca de dos mil idiomas y la han leído más personas que ningún otro libro en la historia.² Reconociendo su sabiduría y valor, tanto los creyentes como los no creyentes la citan en apoyo de sus causas. Se ha afirmado que si se perdiese la Biblia, se podría reconstruir en todas sus partes principales a partir de las citas hechas en los libros que se hallan en los anaqueles de las bibliotecas públicas. Sus principios han servido de base a las leyes de las naciones civilizadas, y de impulso para las grandes reformas sociales de la historia. “La Biblia ... ha producido los más altos resultados en todos los niveles de vida. Ha llevado al más alto tipo de creaciones en los campos de las artes, la arquitectura, la literatura y la

música ... ¿Dónde hay un libro en todo el mundo que se compare remotamente con ella en su beneficiosa influencia sobre la humanidad?”³

Dios está obrando, haciendo mella en la sociedad a través de las vidas cambiadas al seguir las enseñanzas de su Palabra ([Salmo 33:12](#)).

La exactitud de la Biblia en todos los aspectos, incluyendo personas, lugares, costumbres, sucesos y ciencia, ha sido sustanciada a través de la historia y la arqueología. En ocasiones se ha pensado que estaba en un error, pero una y otra vez ha habido descubrimientos posteriores que han atestado su veracidad. Por ejemplo, se pensó en un tiempo que no había existido la escritura hasta después de los tiempos de Moisés. Ahora sabemos que la escritura data de antes del año 3000 a.C. Los críticos negaban en el pasado la existencia de Belsasar. Las excavaciones lo identificaron por su nombre babilónico: Bel-shar-usur. Los críticos decían que los hititas, mencionados veintidós veces en la Biblia, nunca habían existido. Hoy en día sabemos que los hititas fueron una gran potencia dentro del Oriente Próximo.⁴

La historia bíblica es corroborada por la historia secular de las naciones relacionadas con Israel. Los descubrimientos arqueológicos siguen apoyando el texto bíblico y contribuyen a interpretarlo. McDowell presenta una interesante cita procedente de una conversación entre Earl Radmacker, presidente del Seminario Bautista Conservador del Oeste de los Estados Unidos, y Nelson Glueck, arqueólogo y antiguo presidente de un seminario teológico judío:

Se me ha acusado de enseñar la inspiración plena y verbal de las Escrituras ... Todo lo que me he limitado a decir es que en toda mi investigación arqueológica jamás he encontrado un artefacto de la antigüedad que contradiga alguna afirmación de la Palabra de Dios.¹

El renombrado arqueólogo William F. Albright emite el mismo juicio:

El excesivo escepticismo que mostraban hacia la Biblia importantes escuelas históricas de los siglos dieciocho y diecinueve ... ha quedado progresivamente desacreditado. Los descubrimientos han establecido uno tras otro la exactitud de innumerables detalles, y han traído consigo un reconocimiento creciente del valor de la Biblia como fuente de la historia.²

Aun los eruditos religiosos que le niegan exactitud total a la Biblia sobre bases filosóficas (por ejemplo, diciendo que la presencia de autores humanos significa que habrá errores humanos) se ven en apuros a la hora de sustanciar sus reclamaciones de que hay inexactitudes en el texto

bíblico. Kenneth Kantzer comenta: “Aunque Barth siguió afirmando la presencia de errores en las Escrituras, es excesivamente difícil localizar lugar alguno de sus escritos donde presente algún error en especial dentro de las Escrituras.”³ Teniendo en cuenta la multitud de detalles que hay en la Biblia, sería de esperar una considerable colección de errores. Su asombrosa exactitud señala hacia una revelación procedente del Dios que es veraz.

La notable capacidad de supervivencia que tiene la Biblia atestigua también a favor de su autoridad divina. Son comparativamente pocos los libros que sobreviven a los embates del tiempo. ¿Cuántos escritos con mil años de antigüedad podemos nombrar? Un libro que sobreviva un siglo es ya un caso raro. Sin embargo, la Biblia no sólo ha sobrevivido, sino que ha prosperado. Son literalmente miles los manuscritos bíblicos, más que los de cualesquiera diez piezas de literatura clásica juntas.¹

Lo que hace tan notable esta supervivencia es que la Biblia ha pasado por numerosos períodos de restricciones eclesiásticas (por ejemplo, durante la Edad Media) e intentos gubernamentales por eliminarla. Desde el edicto de Diocleciano en el año 303 para que se destruyesen todos los ejemplares de la Biblia, hasta el día presente, han existido esfuerzos organizados para suprimirla o exterminarla. “No sólo ha recibido la Biblia más veneración y adoración que ningún otro libro, sino que también ha sido objeto de mayor persecución y hostilidad.”² Si tenemos en cuenta que en los primeros siglos del cristianismo se copiaban a mano las Escrituras, veremos que la extinción total de la Biblia no habría sido humanamente imposible. Voltaire, el famoso deísta francés, predijo que al cabo de cien años el cristianismo se habría desvanecido. En 1778, a los cincuenta años de su muerte, la Sociedad Bíblica de Ginebra usaba su prensa y su casa para producir montones de Biblias.³ Sólo en el caso de que la Biblia sea realmente el mensaje redentor de Dios para la humanidad, su indestructibilidad deja de ser tan asombrosa: Dios ha mantenido su omnipotente mano sobre su Palabra.

Tanto la autenticidad como la historicidad de los documentos del Nuevo Testamento han sido sólidamente ratificadas. Norman Geisler señala que las evidencias de manuscritos a favor del Nuevo Testamento son abrumadoras y proporcionan una sólida base para la reconstrucción del texto griego original.⁴ Bruce Metzger, experto en textos, afirma que en el tercer siglo antes de Cristo, los eruditos de Alejandría señalaban que los ejemplares de la Ilíada que tenían eran exactos en un noventa y cinco por ciento. También señala que el texto del norte y el texto del sur del Mahabharata indio difieren en extensión por un total de veintiséis mil

líneas.¹ Esto contrasta con “más del 99, 5 por ciento de exactitud en los ejemplares manuscritos del Nuevo Testamento”.² Ese 0, 5 por ciento final consiste mayormente en errores de ortografía por parte de los copistas, etcétera, donde no es posible determinar cuál era el original. Ninguna doctrina de la Biblia depende de ninguno de esos textos.

3.3.3 El concepto de Jesús sobre las Escrituras

Los libros del Nuevo Testamento se terminaron de escribir, a lo sumo, a fines del siglo primero; muchos de ellos entre veinte y treinta años después de la muerte de Jesús. También tenemos la certeza de que el recuento de los acontecimientos por los escritores fue supervisado por el Espíritu Santo para impedir los errores humanos que podría causar la mala memoria ([Juan 14:26](#)). Los evangelios, donde se detalla la vida de Jesús, fueron escritos por contemporáneos y testigos oculares. Estos escritos del Nuevo Testamento, bien atestiguados, proporcionan una información exacta y digna de confianza acerca de Cristo y de sus enseñanzas. La autoridad de la Palabra escrita está enraizada en la autoridad de Jesús. Puesto que se le presenta como Dios encarnado, sus enseñanzas son ciertas y tienen autoridad. Por consiguiente, lo que haya enseñado Jesús sobre la Escritura determinará si ésta tiene derecho a reclamar autoridad divina. Jesús da un testimonio constante y enfático de que es la Palabra de Dios.

Jesús dirigió su atención en especial al Antiguo Testamento. Ya fuese que hablara de Adán, Moisés, Abraham o Jonás, los trataba como personas reales, situadas en narraciones históricas auténticas. A veces, relacionaba situaciones del momento con un suceso histórico del Antiguo Testamento ([Mateo 12:39–40](#)). Otras veces, tomaba un acontecimiento del Antiguo Testamento para apoyar o reforzar algo que estaba enseñando ([Mateo 19:4–5](#)). Honraba las Escrituras del Antiguo Testamento, insistiendo en que Él no había venido para abolir la ley y los profetas, sino para darles cumplimiento ([Mateo 5:17](#)). En ocasiones fustigaba a los dirigentes religiosos, porque habían elevado equivocadamente sus propias tradiciones al nivel de las Escrituras ([Mateo 15:3; 22:29](#)).

En sus propias enseñanzas, Jesús mismo cita por lo menos quince libros del Antiguo Testamento y hace alusión a otros. Tanto en el tono como en las declaraciones concretas, demuestra claramente que considera las Escrituras del Antiguo Testamento como la Palabra de Dios. Eran la palabra y el mandato de Dios ([Marcos 7:6–13](#)). Al citar [Génesis 2:24](#), declara: “El que los hizo [no Moisés] ... dijo: Por esto el hombre dejará

padre y madre” (Mateo 19:4–5). Menciona a David haciendo una declaración “por el Espíritu Santo” (Marcos 12:36). Con respecto a una declaración que aparece en Éxodo 3:6, pregunta: “¿No habéis leído lo que fue dicho por Dios?” (Mateo 22:31). Proclama repetidamente la autoridad del Antiguo Testamento, citando la fórmula “escrito está” (Lucas 4:4). John W. Wenhman señala que Jesús entendía esta fórmula como equivalente a afirmar: “Dice Dios.”

“Hay una objetividad grandiosa y sólida en el tiempo perfecto *guégraptai*, ‘está firmemente escrito’: ‘He aquí el testimonio inmutable y permanente del Dios eterno, puesto por escrito para instruirnos a nosotros.’ ”¹ La forma decisiva en la que Jesús manejaba esta fórmula habla de manera categórica sobre la forma en que Jesús veía la autoridad de los escritos de la Biblia. “Por tanto, la Palabra escrita es la autoridad de Dios para resolver todas las disputas sobre doctrina o práctica. Es la Palabra de Dios en palabras humanas; es la verdad divina en términos humanos.”² Aquéllos que quisieran alegar que Jesús se limitó a acomodarse a la comprensión judía de las Escrituras y siguió la corriente de sus falsas creencias, pasan completamente por alto su tono enfático y su insistencia en una aceptación y una autoridad plenas. En lugar de acomodarse a los puntos de vista de sus tiempos, Jesús corrigió sus errores y colocó de nuevo las Escrituras en el lugar que les correspondía. Además de esto, la acomodación a la falsedad no es moralmente posible para el Dios que es absolutamente veraz (Números 23:19; Hebreos 6:18).

Jesús reclamó autoridad divina, no sólo para las Escrituras del Antiguo Testamento, sino también para sus propias enseñanzas. Quien escucha sus dichos y los pone en práctica es una persona sabia (Mateo 7:24) porque sus enseñanzas proceden de Dios (Juan 7:15–17; 8:26–28; 12:48–50; 14:10). Jesús es el Sembrador que esparce la buena semilla de la Palabra de Dios (Lucas 8:1–13). Su frecuente expresión “pero yo os digo”, usada junto a una cierta manera de comprender el Antiguo Testamento, demuestra que “sus palabras poseen toda la autoridad de las palabras de Dios”.³ “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35).

Jesús indicó también que el testimonio que darían sus seguidores a favor suyo estaría revestido de un carácter divino especial. Él los había adiestrado con la palabra y el ejemplo, y los había comisionado para que fuesen sus testigos a lo largo del mundo entero, enseñándoles a los pueblos a observar cuanto les había mandado (Mateo 28:18–20). Les había indicado que esperasen en Jerusalén la venida del Espíritu Santo, a quien el Padre enviaría en su nombre, a fin de que tuviesen poder para ser

testigos suyos (Lucas 24:49; Juan 14:26; Hechos 1:8). El Espíritu Santo les recordaría a los discípulos todo lo que Jesús les había dicho (Juan 14:26). El Espíritu les enseñaría a los discípulos todas las cosas, daría testimonio a favor de Cristo, los guiaría a toda verdad, les diría lo que iba a suceder, y tomaría las cosas de Cristo para dárselas a conocer (Juan 14:26; 15:26–27; 16:13–15).

Las promesas de Jesús a sus discípulos se cumplieron. El Espíritu Santo inspiró a algunos de ellos a escribir sobre su Señor. Por tanto, en sus escritos, junto con los del Antiguo Testamento, la Biblia proclama expresa y directamente que es la revelación especial de Dios.¹

3.3.4 La extensión de la autoridad bíblica

La Biblia toca una serie de aspectos: economía, geografía, cultura, biología, política, astronomía y otros; sin embargo, no pretende ser un libro de texto sobre todos estos temas, ni se la debe considerar como tal. No hay por qué seguir cosas como las maneras de vestir, los medios de transporte, las estructuras políticas, las costumbres humanas y cosas similares, sencillamente porque se las mencione en las Escrituras, y éstas tengan autoridad. Aunque lo que está escrito en cuanto a esos temas es digno de confianza, no tiene por qué ser necesariamente normativo o absoluto. Estos aspectos se encuentran fuera de la autoridad bíblica, a menos que tengan consecuencias teológicas o éticas. (Por ejemplo, desde el punto de vista de las Escrituras, no tiene importancia que usemos un camello o una motocicleta, pero sí la tiene el que los hayamos obtenido de manera honrada.)

Los sesenta y seis libros de la Biblia reclaman para sí autoridad plena y absoluta con respecto a la autorrevelación de Dios y a todas sus consecuencias en cuanto a doctrina y práctica. Aunque la autoridad de la Biblia es histórica, porque Dios se ha revelado a sí mismo en sucesos históricos, esta autoridad es primordialmente teológica. La Biblia le revela a Dios a la humanidad y presenta su relación con su creación. Puesto que se ha de comprender a Dios a través de este libro, sus palabras deben tener autoridad. La autoridad de la Palabra es absoluta: son las palabras del propio Dios con respecto a sí mismo.

La autoridad ética de la Biblia parte de su autoridad teológica. No habla de todo lo que se debe hacer en todas las edades, ni de todo lo que se hizo en los tiempos en que fue escrita. En cambio, los principios que presenta, sus normas de justicia, su información sobre Dios, su mensaje de redención y sus lecciones de vida tienen autoridad para todos los tiempos.

Ciertos pasajes bíblicos no nos obligan a nosotros hoy en cuanto a lo que respecta a la conducta, pero tienen autoridad en el sentido de que revelan a Dios en algún tipo de relación con la humanidad. Por ejemplo, algunas de las ceremonias del Antiguo Testamento han tenido su cumplimiento en Cristo. “Donde hay una relación de promesa (o prefiguración) y cumplimiento, la figura sirve sólo a un propósito temporal, y deja de tener categoría de obligatoria con el cumplimiento.”¹ Aunque sea Cristo su cumplimiento, las ceremonias presentan con toda autoridad un aspecto de la obra redentora de Dios. La relación entre Dios y los seres humanos, y la relación entre los seres humanos y Dios tiene consecuencias en todos los aspectos de la vida. Por tanto, la Palabra incide con autoridad sobre estas otras esferas de la vida.

El alcance de la autoridad de las Escrituras es tan extenso como la autoridad de Dios mismo en relación con todos los aspectos de la existencia humana. Dios está por encima de todos los aspectos de la vida y se dirige a través de su Palabra a todos ellos. La autoridad de la Palabra escrita es la autoridad de Dios mismo. La Biblia no es un simple registro escrito de la autoridad de Dios en el pasado, sino que es la autoridad de Dios hoy. A través de la Palabra escrita, el Espíritu Santo sigue enfrentando a hombres y mujeres con las exigencias divinas. Sigue siendo el “Así dice el Señor”.

3.4 LA INSPIRACIÓN DE LAS ESCRITURAS

Dios se ha revelado a su creación. La palabra “inspiración” se refiere a la puesta por escrito de esta revelación divina. Puesto que la Biblia fue escrita por autores humanos, se debe preguntar: “¿En qué sentido, si es que hay alguno, se les puede llamar ‘Palabra de Dios’ a sus escritos?” Un tema relacionado con éste es el del grado o extensión en el cual se pueden ver sus escritos como revelación procedente de Dios.

3.4.1 *La base bíblica de la inspiración*

Puesto que todo testigo tiene el derecho de dar testimonio sobre sí mismo, comenzaremos por examinar la proclamación de inspiración divina por parte de los escritores bíblicos. Muchos de los que escribieron las Escrituras participaron en los sucesos sobre los que escribieron, o fueron testigos oculares de ellos.

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida

(porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos.

1 Juan 1:1–3a

Ya fuese Moisés, David, Jeremías, Mateo, Juan, Pedro o Pablo, todos ellos escribieron a partir de sus propias experiencias, al revelárseles Dios en su vida y a través de ella ([Éxodo 4:1–17](#); [Salmo 32](#); [Jeremías 12](#); [Hechos 1:1–3](#); [1 Corintios 15:6–8](#); [2 Corintios 1:3–11](#); [2 Pedro 1:14–18](#)). Sin embargo, sus escritos no se limitaban a ser relatos de reporteros comprometidos en los hechos. Ellos afirmaban escribir no sólo *acerca* de Dios, sino también *en el nombre* de Dios. Su palabra era Palabra de Dios; su mensaje era un mensaje de Dios.

A lo largo de todo el Antiguo Testamento hallamos expresiones como las siguientes: “Habló Jehová a Moisés diciendo: Di ...” ([Éxodo 14:1](#)); “Palabra que vino de Jehová a Jeremías, diciendo ...” ([Jeremías 11:1](#)); “Tú, pues, hijo de hombre ... di: Así ha dicho Jehová el Señor” ([Ezequiel 39:1](#)); “Me dijo Jehová ...” ([Isaías 8:1](#)); o “Así ha dicho Jehová ...” ([Amós 2:1](#)). Este tipo de afirmaciones aparece más de tres mil ochocientas veces, y demuestran claramente que los escritores estaban conscientes de estar presentando un mensaje divino lleno de autoridad.¹

Los escritores del Nuevo Testamento estaban igualmente seguros de que ellos también se estaban comunicando en nombre de Dios. Jesús no sólo mandó predicar a sus discípulos, sino que les dijo también lo que habrían de predicar ([Hechos 10:41–43](#)). Sus palabras no eran “palabras enseñadas por sabiduría humana, sino ... las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” ([1 Corintios 2:13](#)). Esperaban de los demás que reconociesen que lo que estaban recibiendo había sido escrito como “mandamientos del Señor” (véase [1 Corintios 14:37](#)). Pablo les pudo asegurar a los gálatas: “En esto que os escribo, he aquí delante de Dios que no miento” ([Gálatas 1:20](#)), porque lo había recibido de Dios ([Gálatas 1:6–20](#)). Él mismo elogia a los tesalonicenses por recibir su mensaje, “no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios ...” ([1 Tesalonicenses 2:13](#)). Las órdenes escritas para la Iglesia lo eran en el nombre de Jesús, y la desobediencia a ellas era razón suficiente para romper su asociación con la persona desobediente ([2 Tesalonicenses 3:6–14](#)). Así como Dios había hablado en los santos profetas y a través de ellos, ahora el Señor estaba dando órdenes a sus apóstoles ([2 Pedro 3:2](#)). El hecho de recibir la vida eterna estaba conectado con el de creer el testimonio de Dios con respecto a su Hijo, que los discípulos habían puesto por escrito ([1 Juan 5:10–12](#)).

En estos pasajes y otros similares es evidente que los escritores del Nuevo Testamento estaban convencidos de que estaban declarando “todo el consejo de Dios” en obediencia al mandato de Cristo y bajo la dirección del Espíritu Santo ([Hechos 20:27](#)). Los escritores del Nuevo Testamento reconocían también la autoridad absoluta de las Escrituras del Nuevo Testamento, porque Dios había hablado “por el Espíritu Santo” a través de los autores humanos ([Hechos 4:24–25](#); [Hebreos 3:7](#); [10:15–16](#)).

Pablo le escribe a Timoteo diciéndole que las Escrituras lo pueden “hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” ([2 Timoteo 3:15](#)). El valor de las Escrituras se deriva de su fuente. Pablo indica que ese valor va más allá del autor humano inmediato, y llega hasta Dios mismo. Afirma: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” ([2 Timoteo 3:16](#)). El término “inspiración” está tomado de este versículo, y se aplica a la puesta por escrito de la Biblia. La palabra griega que se usa aquí es *zeópneustos*, que literalmente significa “respirada por Dios”; ha surgido del aliento mismo de Dios. Pablo no está diciendo que Dios haya “alentado” alguna característica divina sobre los escritos humanos de las Escrituras, ni tampoco simplemente que todas las Escrituras respiran a Dios o hablan de Dios. El adjetivo griego (*zeópneustos*) es claramente predicativo, y ha sido usado para identificar la fuente de toda la Escritura.¹ Dios es el autor definitivo. Por consiguiente, toda la Escritura es la voz de Dios, la Palabra de Dios ([Hechos 4:25](#); [Hebreos 1:5–13](#)).

El contexto de [2 Timoteo 3:16](#) tiene en cuenta las Escrituras del Antiguo Testamento; la afirmación explícita por parte de Pablo es que todo el Antiguo Testamento es una revelación inspirada que procede de Dios. El hecho de que el Nuevo Testamento apenas se estuviese escribiendo entonces y no estuviera aún terminado, impide que se le aplique esta afirmación interna explícita. Sin embargo, algunas declaraciones concretas por parte de los escritores del Nuevo Testamento indican que la inspiración de la Escritura se extiende a toda la Biblia. Por ejemplo, en [1 Timoteo 5:18](#), Pablo escribe: “Pues la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario.” Está citando [Deuteronomio 25:4](#) y [Lucas 10:7](#), y considera “como Escritura” tanto la cita del Antiguo Testamento como la del Nuevo. Además de esto, Pedro se refiere a todas las cartas de Pablo que, aunque hablan de la salvación de Dios, contienen algunas cosas “difíciles de entender”. Por eso, algunos las “tuercen, como también *las otras Escrituras*, para su propia perdición” [2 Pedro 3:16](#), (cursivas añadidas). Observemos que Pedro pone a todas las epístolas de Pablo dentro de la categoría de las Escrituras. Distorsionarlas es distorsionar la Palabra de Dios, y la consecuencia es la perdición. Los escritores del Nuevo Testamento comunicaron palabras de

“las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 [Corintios 2:13](#)), tal como Jesús había prometido ([Juan 14:26](#); [16:13-15](#)).

En su segunda epístola, Pedro habla de su muerte inminente y su anhelo de darles a sus lectores seguridad sobre la veracidad de lo que les había dicho previamente. Les dice que él no había inventado relatos interesantes, pero falsos, y les recuerda que había sido testigo ocular: estaba con Cristo, y había oído y visto por sí mismo ([2 Pedro 1:12-18](#)). Entonces procede a escribir acerca de una palabra aun “más segura” que su testimonio ocular ([2 Pedro 1:19](#)). Al hablar de las Escrituras, describe a los autores humanos como “guiados” (*ferómenoí* [la RV traduce “inspirados”, nota del traductor]) por el Espíritu Santo cuando comunicaban las cosas de Dios. La consecuencia de esta supervisión de su actividad por el Espíritu Santo fue un mensaje no nacido de la iniciativa de los designios humanos, o producido por el simple razonamiento humano y la investigación (aunque no se hallen excluidos éstos). Pedro dice: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” ([2 Pedro 1:20-21](#)).

El uso que hace Pedro de la expresión “profecía de la Escritura” es un ejemplo del uso de *la parte por el todo*: en este caso, una parte representa toda la Escritura. En cuanto a toda la Escritura, “el impulso que llevó a ponerla por escrito procedía del Espíritu Santo. Por esta razón, los lectores de Pedro deben poner atención ... porque no se trata solamente de palabras de hombres, sino de la Palabra de Dios”.¹

Debido a la inspiración del Espíritu Santo, toda la Escritura tiene autoridad. Jesús dijo que incluso el menor de los mandatos bíblicos es importante y obligatorio.

Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.

[Mateo 5:18-19](#)

Está predicando recompensa o castigo, según la relación de la persona con los mandamientos, hasta el más pequeño de ellos. Acusado de blasfemia por haber proclamado su divinidad, Jesús apela a la frase “sois dioses”, que aparece en el [Salmo 82:6](#). Basa su defensa contra la acusación

de blasfemia en la verdad plenamente aceptada de que no se puede quebrantar ni siquiera una frase de las Escrituras que sea relativamente oscura (Juan 10:34, 35). La razón por la que no se la podía quebrantar era que, aunque fuese una porción pequeña de las Escrituras, seguía siendo la Palabra de Dios, llena de autoridad.

3.5 MODOS DE LA INSPIRACIÓN

Una vez aceptado el testimonio de sí misma que da la Escritura, queda clara su inspiración. A medida que escribían los autores humanos, Dios mismo participó de cierta manera en la comunicación del mensaje de éstos. Sin embargo, puesto que en la mayoría de los casos la Biblia no revela la psicología de la inspiración, han surgido diversas maneras de comprender el modo en que se produjo ésta. Consideramos brevemente cinco puntos de vista básicos.

La intuición natural. La inspiración sólo es una comprensión natural de los asuntos espirituales, ejercitada por personas bien dotadas. Tal como algunos pueden tener aptitudes para las matemáticas o las ciencias, los escritores bíblicos tenían aptitudes para las ideas religiosas. No se ve aquí una implicación especial de Dios. Sería algo tan natural como estar inspirado para escribir un poema o componer un himno.

La iluminación especial. La inspiración es una intensificación y exaltación divina de percepciones religiosas comunes a los creyentes. Los dones naturales de los escritores bíblicos fueron resaltados de alguna manera por el Espíritu Santo, pero sin ninguna orientación ni comunicación especial de verdades divinas.

La orientación dinámica. La inspiración es una orientación especial que dio el Espíritu Santo a los escritores bíblicos a fin de asegurar la comunicación de un mensaje procedente de Dios, en lo que se refiere a temas de fe religiosa y vida piadosa. Aquí se insiste en que Dios les proporcionaba a los escritores los pensamientos o conceptos que quería que se comunicaran, y les permitía a estos escritores humanos una expresión total y natural. Los elementos de fe y práctica religiosa eran dirigidos, pero los temas que ellos llaman “no esenciales”, dependían por completo de los conocimientos, la experiencia y las preferencias de los autores humanos.

La inspiración verbal plenaria. La inspiración es una combinación de la expresión humana natural de los escritores, y la iniciativa y supervisión del Espíritu Santo con respecto a sus escritos. Sin embargo, el Espíritu

Santo no dirigió solamente los pensamientos o conceptos de los escritores, sino que también vigiló la selección de palabras que hacían, y no sólo en cuestiones de fe y de práctica. El Espíritu Santo garantizó la exactitud y la plenitud de todo lo que se escribió, como revelación de Dios.

El dictado divino. La inspiración es la supervisión infalible de la reproducción mecánica de palabras divinas, a medida que el Espíritu Santo se las dictaba a los escritores humanos. Los escritores bíblicos fueron obedientes secretarios que escribieron bajo la dirección especial del Espíritu Santo en cuanto a contenido, palabras y estilo.

3.5.1 Formulemos una opinión sobre la inspiración

Toda opinión sobre la inspiración deberá tener en consideración cuanto sea necesario para que se pueda comunicar de manera exacta la revelación divina. En un modo correcto de producirse la inspiración deberán incluirse todos los elementos que la Biblia señala como postulados, tanto en cuanto al acto de la inspiración como en cuanto a los efectos de dicho acto. También les debe dar el lugar correcto a la actividad de Dios y a la humana.

Cuando examinamos los datos de las Escrituras, hallamos que presenta con claridad una serie de elementos comprendidos en el acto de la inspiración. (1) “Toda Escritura es inspirada por Dios”; procede de la boca de Dios ([2 Timoteo 3:16](#)). (2) Los escritores bíblicos fueron “inspirados [o ‘guiados’] por el Espíritu Santo” ([2 Pedro 1:21](#)). (3) Los escritores no hablaron por voluntad propia, sino por voluntad divina ([2 Pedro 1:21](#)). (4) Con todo, los escritores sí hablaron por ellos mismos ([Lucas 20:42](#); [Juan 12:39](#); [Hechos 3:22](#)).

De igual forma, las Escrituras presentan con claridad los efectos o consecuencias del acto de la inspiración. (1) Toda la Escritura es inspirada por Dios, y por consiguiente, toda ella es la Palabra de Dios ([1 Corintios 14:37](#); [2 Timoteo 3:16](#)). (2) Toda la Escritura es de provecho y constituye una regla completa y suficiente para la fe y la práctica ([2 Timoteo 3:16, 17](#)). (3) No se puede echar a un lado, anular ni destruir ni una sola línea de la Escritura; se debe tomar el todo de la Escritura en su plena integridad ([Juan 10:35](#)). (4) La Escritura es más cierta incluso que la observación empírica ([2 Pedro 1:12–19](#)). (5) Ninguna Escritura está condicionada en su veracidad por limitación alguna de su autor humano ([2 Pedro 1:20](#)). La supervisión del Espíritu Santo desplaza tanto el condicionamiento histórico normal como la pecaminosidad y la finitud de la humanidad.

A la luz de las observaciones anteriores, tomadas de las Escrituras, se puede hacer una evaluación de los cinco modos de inspiración sugeridos. Las opiniones que consideran la inspiración solamente como una especie de don natural de iluminación no prestan la atención adecuada al hecho de que las Escrituras proceden de la boca misma de Dios. La opinión de la orientación dinámica, que ve los asuntos de fe y de vida como inspirados, y aparte del resto del contenido, más mundanal, no deja método seguro para decidir qué es inspirado y qué no lo es. Tampoco se enfrenta a la afirmación bíblica explícita de que toda la Escritura es inspirada, incluso en sus versículos más oscuros.

La opinión de que la inspiración es un dictado divino no da reconocimiento adecuado al elemento humano: los estilos peculiares, las expresiones y las cosas en que hacen énfasis los distintos escritores.

La opinión sobre la inspiración verbal plenaria evita los escollos de insistir en la actividad de Dios, con detrimento de la participación humana, o de insistir en la contribución humana, con detrimento de la actuación divina. Toda la Escritura es inspirada, y los autores escribieron bajo la dirección y orientación del Espíritu Santo, al mismo tiempo que se dejaba lugar a la variedad en cuanto a estilo literario, gramática, vocabulario y otras peculiaridades humanas. Al fin y al cabo, en la providencia de Dios, algunos de los escritores bíblicos habían pasado por largos años de experiencias y preparación únicas, que Dios decidió usar para comunicar su mensaje (por ejemplo, Moisés, Pablo).

Las opiniones de la orientación dinámica y de la inspiración verbal plenaria son ampliamente aceptadas, porque estas opiniones reconocen, tanto la obra del Espíritu Santo, como las evidentes diferencias entre los escritores en cuanto a vocabulario y estilo. Una gran diferencia entre ambas opiniones se refiere a la extensión de la inspiración. Una vez reconocida la orientación del Espíritu Santo, ¿hasta dónde se extendió esa orientación? Con respecto a los escritos de la Biblia, los defensores de diversas opiniones de tipo dinámico sugieren que la orientación del Espíritu se extendió a los misterios inalcanzables para la razón, o sólo al mensaje de salvación, o sólo a las palabras de Cristo, o quizá a ciertos materiales (como las secciones didácticas o las proféticas, o tal vez todos los temas relacionados con la fe y la práctica cristianas). La inspiración verbal plenaria sostiene que la orientación del Espíritu Santo se extendió a toda palabra de los documentos originales (esto es, los “autógrafos”).

Con respecto a la orientación del escritor por parte del Espíritu Santo, la opinión de la orientación dinámica sugiere que la influencia del

Espíritu sólo se extendió al impulso inicial de escribir, o sólo a la selección de los temas, el asunto a tratar, o sólo a los pensamientos y conceptos del escritor, que expresaría éste como mejor le pareciese. En la inspiración verbal plenaria, la orientación del Espíritu Santo se extiende incluso a las palabras escogidas por el escritor para expresar sus pensamientos. El Espíritu Santo no dictó las palabras, pero guió al escritor de tal forma que él escogió libremente las palabras que expresaban realmente el mensaje de Dios. (Por ejemplo, el escritor habría podido escoger las palabras “casa” o “edificio”, según su preferencia, pero no habría podido escoger “campo”, puesto que de hacerlo, habría cambiado el contenido del mensaje).¹

Cualquier combinación de las sugerencias de la opinión sobre la orientación dinámica nos deja en una posición de relatividad con respecto al tema de la extensión de la inspiración. Esta posición relativa requiere que se emplee algún principio para diferenciar entre las partes de las Escrituras inspiradas y las no inspiradas (o las más inspiradas y las menos). Se han sugerido varios principios: todo lo que sea razonable, todo lo que sea necesario para la salvación, todo lo que sea valioso para la fe y la práctica, todo lo que lleve la Palabra (esto es, que señale hacia Cristo), todo lo que sea *kérygma* genuino, o todo aquello de lo que el Espíritu dé un testimonio especial. Todos estos principios están esencialmente centrados en el ser humano y son subjetivos. También existe el problema de quién habrá de emplear el principio y tomar realmente la decisión. La jerarquía eclesiástica, los eruditos bíblicos y los teólogos, así como los creyentes de manera individual, quisieran todos ser quienes tomaran la decisión. En un sentido final, la opinión de la orientación dinámica termina derivando la autoridad de la Biblia de la humanidad, y no de Dios. Sólo la opinión de la inspiración verbal plenaria evita el cenagal de la relatividad teológica, al mismo tiempo que explica la variedad humana, al reconocer que la inspiración se extiende a toda la Escritura.

La inspiración verbal plenaria lleva esencialmente su definición en su propio nombre. Es la creencia de que la Biblia es inspirada, incluso hasta en las mismas palabras (verbal) que fueron escogidas por los escritores. Es inspiración plena (total, toda) porque todas las palabras de todos los autógrafos son inspiradas. Una definición más técnica de la inspiración desde una perspectiva verbal plenaria diría algo como lo que sigue: La inspiración es un acto especial de supervisión por parte del Espíritu Santo, por medio del cual los escritores bíblicos fueron impulsados a escribir, fueron guiados en lo que escribían, incluso en el empleo de las palabras, y fueron preservados de todo error u omisión.

Al mismo tiempo, aunque toda palabra es inspirada por Dios, el que esto sea verdad o no, depende de su contexto. Es decir, podría estar recogiendo con autoridad una mentira; es el registro verdadero e inspirado de una mentira. Por ejemplo, cuando la serpiente le dijo a Eva que no moriría si comía de la fruta prohibida, estaba mintiendo, porque sí moriría ([Génesis 3:4-5](#)). Sin embargo, puesto que toda la Escritura es inspirada, se recogen con exactitud en ella las palabras falsas del tentador.

La inspiración verbal plenaria era la opinión de la Iglesia Primitiva. Durante los ocho primeros siglos de la Iglesia, ningún dirigente importante de la misma sostuvo otro punto de vista distinto, y era el punto de vista de todas las iglesias cristianas ortodoxas prácticamente, hasta el siglo dieciocho.¹ La inspiración verbal plenaria sigue siendo el punto de vista del movimiento evangélico.

La inspiración verbal plenaria eleva el concepto de inspiración a la infalibilidad plena, puesto que todas las palabras son, en última instancia, palabras de Dios. La Escritura es infalible, porque es la Palabra de Dios, y Dios es infalible. En años recientes, algunos han tratado de sostener el concepto de la inspiración verbal plenaria sin el corolario de la infalibilidad. En respuesta a esto se han escrito libros, llevado a cabo conferencias y formado organizaciones que traten de apuntalar la comprensión histórica de la inspiración. Se ha debatido sobre la “inerrancia limitada”, en oposición a la “errancia limitada”. Se han añadido una serie de condicionantes a la característica de “verbal plenaria”, hasta que algunos han llegado a insistir que se le dé a esta opinión el nombre de “inspiración verbal plenaria, infalible, inerrante e ilimitada”. Cuando investigamos lo que significan todos estos condicionantes, es exactamente lo mismo que “verbal plenaria” significaba desde el principio.

3.6 LA INERRANCIA BÍBLICA

Un notable cambio en la terminología como consecuencia de todas las discusiones en el aspecto de la inspiración de las Escrituras es la preferencia del término “inerrancia” sobre el de “infalibilidad”. Es posible que esto tenga que ver con la insistencia de algunos de que es posible tener un mensaje infalible, y un texto bíblico errado.

Los términos “infalibilidad” e “inerrancia” son usados para hablar de la veracidad de las Escrituras. La Biblia no falla; no yerra; es veraz en todo cuanto afirma ([Mateo 5:17-18](#); [Juan 10:35](#)). Aunque no se hayan usado siempre estos términos, los primeros padres de la Iglesia, los teólogos

católicos romanos, los reformadores protestantes, los evangélicos modernos (y, por tanto, los pentecostales “clásicos”) han afirmado todos que la Biblia es totalmente cierta, sin lugar para la falsedad ni el error.¹ Clemente Romano, Clemente de Alejandría, Gregorio Nacianceno, Justino Mártir, Ireneo, Tertuliano, Orígenes, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino y una multitud más de gigantes de la historia de la Iglesia, reconocen que la Biblia procede de la boca misma de Dios, y es cierta en su totalidad. Escuchemos las enfáticas declaraciones de algunos de estos hombres notables:

Agustín: “Creo muy firmemente que los autores estuvieron completamente libres de errores.”²

Martín Lutero: “Las Escrituras nunca yerran.”¹ “Donde las Santas Escrituras establecen algo que se debe creer, allí no nos debemos desviar de las palabras.”²

Juan Calvino: “El registro seguro e infalible.” “La regla cierta e inerrante.” “La Palabra infalible de Dios.” “Libre de toda mancha o defecto.”³

Probablemente, dos de los desarrollos históricos más significativos con respecto a la doctrina de la infalibilidad y la inerrancia han sido la declaración sobre las Escrituras en el *Pacto de Lausana* (1974) y la *Declaración de Chicago* (1978) del Concilio Internacional sobre la Inerrancia Bíblica. La declaración de Lausana ofrece lo que algunos consideran como una flexibilidad demasiado grande en su declaración de que la Biblia es “inerrante en todo lo que afirma”. (Es decir, que quizá haya algunas cosas que no se “afirmen” en la Biblia.) En respuesta a esto, la *Declaración de Chicago* afirma: “La Escritura es inerrante en su totalidad, y está libre de toda falsedad, fraude o engaño. Negamos que la infalibilidad y la inerrancia bíblicas estén limitadas a los temas espirituales, religiosos o de la redención, con exclusión de las afirmaciones en los campos de la historia y de la ciencia.”⁴

La *Declaración de Chicago* fue adoptada por una reunión de cerca de trescientos eruditos evangélicos en un esfuerzo por aclarar y fortalecer la posición evangélica sobre la doctrina de la inerrancia. Comprende diecinueve Artículos de Afirmación y Negación, con una extensa exposición final, destinada a describir y explicar la inerrancia de una forma tal que no deje absolutamente ningún lugar para errores de ninguna clase en ningún lugar de la Biblia.

Aunque se pueda poner en duda si se enseña la inerrancia de manera

deductiva en las Escrituras, ésta es la conclusión apoyada por un examen inductivo de la doctrina de las Escrituras enseñada por Jesús y por los escritores bíblicos. No obstante, se debe aclarar que la autoridad de la Biblia descansa en la veracidad de la inspiración; no en una doctrina sobre la inerrancia. La inerrancia es una deducción natural que sigue a la inspiración y “es sacada de las enseñanzas bíblicas y apoyada totalmente por las actitudes de Jesús mismo”.⁵ Algunos han sugerido que la rendición con respecto a la doctrina de la infalibilidad es el primer paso hacia la rendición con respecto a la autoridad bíblica.

La inerrancia reconoce las contradicciones o faltas de cohesión interna halladas en el texto, no como errores reales, sino como dificultades que se podrán resolver cuando se sepan todos los datos relevantes. La posibilidad de armonizar pasajes aparentemente contradictorios ha sido demostrada con frecuencia por eruditos evangélicos que han revisado pacientemente las dificultades del texto a la luz de nuevos descubrimientos históricos, arqueológicos y lingüísticos. (Sin embargo, se deben evitar las armonizaciones forzadas o altamente especulativas.)

La doctrina de la inerrancia se deriva más del carácter de la Biblia, que del simple examen de los fenómenos que presenta. “Si creemos que las Escrituras son la Palabra de Dios, no podremos dejar de creer que es inerrante.”¹ Estas palabras que fueron escritas salieron de la boca misma de Dios, y Dios no puede mentir. La Escritura no yerra, porque Dios no miente. Por consiguiente, la inerrancia es una propiedad que se espera de la Escritura, por ser inspirada. El crítico que insiste en que hay errores en la Biblia en algunos pasajes difíciles, parece haber usurpado para sí mismo la infalibilidad que les ha negado a las Escrituras. Una norma capaz de errar no proporciona una medición segura sobre la verdad y el error. El resultado de la negación de la inerrancia es la pérdida de una Biblia digna de confianza. Cuando se admite que hay errores, se abandona la veracidad divina y se desvanece la certeza.

3.6.1 Definición de inerrancia

Aunque históricamente los términos “infalibilidad” e “inerrancia” han sido virtualmente sinónimos en la doctrina cristiana, en años recientes muchos evangélicos han preferido uno de los términos sobre el otro. Algunos han preferido el término “inerrancia” para distinguirse de aquéllos que sostenían que la infalibilidad se podía referir al mensaje veraz de la Biblia, sin que por eso tuviera que significar que la Biblia no contiene errores. Otros han preferido el término “infalibilidad” para evitar

posibles malentendidos por causa de una definición de la inerrancia que fuese excesivamente restrictiva. En el presente, el término “inerrancia” parece estar más de moda que el de “infalibilidad”. Por tanto, la serie de afirmaciones que aparece a continuación trata de fijar los límites para una definición de la inerrancia verbal que sería ampliamente aceptada en la comunidad evangélica.

1. La verdad de Dios es expresada con exactitud mediante todas las palabras de toda la Escritura, a medida que son usadas para construir oraciones inteligibles.
2. La verdad de Dios es expresada con exactitud mediante todas las palabras de toda la Escritura, y no sólo las palabras que tienen contenido religioso o teológico.
3. La verdad de Dios está expresada de manera inerrante directamente sólo en los autógrafos (escritos originales), e indirectamente en los apógrafos (copias de los escritos originales).
4. La inerrancia permite el “lenguaje de apariencia”, las aproximaciones y las descripciones no contradictorias con variantes desde perspectivas diferentes. (Por ejemplo, decir que sale el sol no es un error, sino una descripción perceptiva reconocida.)
5. La inerrancia reconoce el uso del lenguaje figurativo simbólico y una variedad de formas literarias para presentar la verdad.
6. La inerrancia comprende que las citas de afirmaciones del Antiguo Testamento en el Nuevo pueden ser paráfrasis, y pueden no tener la intención de ser citas literales palabra por palabra.
7. La inerrancia considera los métodos culturales e históricos de informar sobre cosas como genealogías, medidas y estadísticas, como válidos, en lugar de exigir los métodos modernos de hoy, que demandan una precisión tecnológica.

A partir de estas siete afirmaciones, es de esperar que podamos construir un punto de vista sobre la inerrancia que evite los extremos, al mismo tiempo que tome en serio el autotestimonio de las Escrituras con respecto a su exactitud y veracidad. No obstante, nuestro intento por definir la inerrancia no es inerrante él mismo. Por consiguiente, al mismo tiempo que tratamos de influir en otros para que reconozcan la doctrina de la inerrancia, sería bueno que hiciésemos caso del sabio y amoroso consejo de Kenneth Kantzer, respetado estudioso de la inerrancia: “Los

evangélicos conservadores en especial deben tener mucho cuidado, no sea que a base de recurrir con demasiada precipitación a la confrontación directa, acusen de falta de ortodoxia al erudito indeciso o al estudioso preocupado por problemas en el texto bíblico, o por alguna de las connotaciones comunes de la palabra *inerrante*.¹

De igual manera, se debería entender que “la inerrancia de las Escrituras no implica que la aceptación de esta doctrina tenga por consecuencia necesaria la ortodoxia evangélica”.¹ La deben seguir la interpretación correcta y la consagración espiritual.

3.6.2 La revelación proposicional

Uno de los principales temas filosóficos relacionados con la cuestión de la infalibilidad y la inerrancia se refiere a si Dios puede revelarse verdaderamente a sí mismo. Al hablar de verdad aquí nos referimos a declaraciones proposicionales, o afirmaciones, que correspondan con exactitud al objeto u objetos a los que se refieren. ¿Puede Dios revelar verdades acerca de sí mismo? ¿Tiene Dios la capacidad de revelar a la humanidad de manera proposicional algo sobre quién es Él realmente? Si la respuesta es afirmativa, pero lo que Él revela sólo es de fiar en un sentido general, entonces la revelación de Dios contiene errores. Si Dios se ha revelado a sí mismo mediante una mezcla de verdades y errores, o bien lo debe haber hecho de manera deliberada, o no ha podido evitar hacerlo así.

No es probable que Dios haya revelado errores deliberadamente. En la Biblia no hay rastro de evidencias firmes sobre errores revelados de este tipo. Además, los errores revelados de manera deliberada son antitéticos con la naturaleza de Dios como el Dios de la verdad. Dios siempre actúa en consonancia con su naturaleza.

Decir que Dios no pudo evitar la revelación de errores en su autopresentación pone en tela de juicio tanto su omnisciencia como su omnipotencia. Decir lo que Dios pudo hacer o no pudo hacer, fuera de lo que indica la revelación divina, es presunción. Ciertamente, no es su revelación de sí mismo una de las cosas que dice la Biblia que Dios no pueda hacer (no por incapacidad en cuanto a poder, sino por incapacidad en cuanto a naturaleza moral). Si Dios, quien creó todas las cosas, incluso la mente humana, puede comunicar una verdad a la persona humana, entonces no hay razón lógica por la cual Él no le pueda comunicar todas y cada una de las verdades que desee.

Después de reconocer que Dios es capaz de revelarse verdaderamente a sí mismo, podemos preguntar: ¿Hizo Él también que su revelación fuera puesta por escrito con veracidad? Negar esto nos reduce al agnosticismo o al escepticismo con respecto a toda verdad absoluta, en espera de la verificación empírica de cada afirmación de las Escrituras (suponiendo que todos sus temas sean capaces de verificación empírica). En cambio, para que tengamos seguridad de que la Biblia es la Palabra de Dios, debemos tomar el testimonio que da la Escritura sobre sí misma como normativo en cuanto a definir la verdadera doctrina de la inspiración. Tal como lo examinamos ya en este capítulo, Jesús y los escritores bíblicos proclaman a una sola voz que la revelación de la verdad por parte de Dios ha sido puesta por escrito de manera inerrante. No se la puede quebrantar, y no pasará.

3.6.3 La conservación de la verdad de las Escrituras

¿Ha hecho Dios que su revelación sea conservada en toda su pureza? Si “conservada en toda su pureza” significa “conservada de manera inerrante”, la respuesta es negativa. Tal como mencionamos anteriormente, la inerrancia se adhiere de manera directa sólo a los autógrafos. En los numerosos manuscritos bíblicos que se han conservado hay miles de variantes. La mayor parte de ellas son tan pequeñas, que resultan insignificantes (por ejemplo, ortografía, sintaxis, transposición de palabras, etc.). Ni una sola doctrina está basada en un texto dudoso de un manuscrito.

En cambio, si “conservada en toda su pureza” significa que las enseñanzas de las Escrituras han sido “conservadas sin corrupción”, la respuesta es resonantemente positiva. Hoy en día, la Iglesia tiene varias versiones modernas diferentes de la Biblia, basadas en los numerosos manuscritos hebreos y griegos existentes. Estas versiones comparan cuidadosamente los manuscritos antiguos y las versiones más tempranas de la Biblia. Le proporcionan al lector las Escrituras en un vocabulario y un estilo actuales, al mismo tiempo que retienen la exactitud de significado. A su vez, estas versiones han sido traducidas a centenares de idiomas.

Aunque las Biblias de hoy están muy lejanas de los autógrafos en el tiempo, no lo están en cuanto a la exactitud. Existe una cadena de testigos que se remonta a quienes afirman haber visto los autógrafos (por ejemplo, Policarpo, Clemente Romano). Éstos tuvieron tanto la motivación como la oportunidad de cerciorarse sobre la seguridad de las copias tomadas de los originales. Entre los creyentes existía el anhelo de conservar las enseñanzas

de las Escrituras, y eran cuidadosos en su transmisión de una generación a otra. Mediante la ciencia de la crítica de textos, es posible llegar a un texto bíblico que representa con exactitud a los autógrafos. Entonces, en el grado en que nos aproximemos al contenido de las Escrituras, y al significado que Dios quiere que tengan, mediante la crítica de textos, la exégesis y la interpretación, en ese mismo grado podemos decir que estamos proclamando la Palabra de Dios.

Esto sólo puede ser cierto si podemos estar seguros de que los autógrafos eran la Palabra de Dios, puesta por escrito de manera infalible por inspiración sobrenatural. Es esencial que en algún momento del proceso haya inerrancia, para que sepamos lo que es verdadero. El valor de los autógrafos inerrantes es que podemos estar seguros de que lo escrito por los hombres era exactamente lo que Dios quería que quedara registrado. Los autógrafos derivan su valor del hecho de que, en esencia, son la Palabra de Dios, más que simples palabras de los escritores humanos.

Por otra parte, los apógrafos derivan su valor del hecho de que representan de manera tan cercana a los autógrafos. No podemos decir que las copias, versiones y traducciones hayan sido inspiradas en su producción; sin embargo, es seguro que de alguna manera mediata y derivada, deben haber retenido la calidad de inspirados que era inherente a los autógrafos. De otra manera, no tendrían autoridad. El *acto* de la inspiración tuvo lugar una sola vez; la *cualidad* de inspirados fue retenida en los apógrafos. El acto original de inspiración produjo una Palabra inspirada, *tanto* en los autógrafos como en los apógrafos.

3.7 EL CANON DE LAS ESCRITURAS

No toda la literatura religiosa, aun la más útil y leída, es considerada parte de las Escrituras. No sólo es esto cierto hoy, sino que también lo era en los días en que fueron escritos el Antiguo Testamento y el Nuevo. Eos apócrifos, pseudoepígrafes y otros escritos religiosos eran reconocidos como poseedores de diversos grados de valor, pero no eran considerados dignos de ser llamados Palabra de Dios. Sólo nos referimos a los sesenta y seis libros contenidos en la Biblia como el Canon de las Escrituras.¹

El término “canon” procede del griego *kanón*, que identificaba a la regla del carpintero o alguna vara de medir similar. En el mundo griego, la palabra “canon” llegó a significar “una norma o medida por la cual se juzgan o evalúan todas las cosas”.² Se desarrollaron cánones para la arquitectura, la escultura, la filosofía y así sucesivamente. Los cristianos

comenzaron a usar el término en sentido teológico para designar aquellos escritos que habían cumplido con las normas para que fueran considerados como Escritura santa. Sólo estos libros canónicos son considerados como la revelación infalible y llena de autoridad, procedente de Dios.

Es comprensible que los creyentes judíos y cristianos quisieran tener un canon fijo, tal como lo tenían otros campos del saber. La persecución religiosa, la expansión geográfica y la circulación creciente de una amplia gama de escritos religiosos hacían más importante la necesidad de componer un canon así. La tradición sugiere que Esdras fue el principal responsable de la reunión de los escritos sagrados judíos en un canon reconocido. Sin embargo, se suele fechar el reconocimiento de un Antiguo Testamento cerrado a partir de un supuesto Concilio de Jamnia, alrededor de los años 90 a 100 d.C.¹ La lista cristiana más antigua del canon del Antiguo Testamento que ha sobrevivido, data de alrededor del año 170, y fue compilada por Melitón, obispo de Sardis.² En los primeros siglos del cristianismo fueron propuestos diversos cánones de las Escrituras, desde el del hereje Marción en 140, hasta el Canon de Muratori, en 180, y al de Atanasio en 367, el primer canon completo del Nuevo Testamento. El canon del Nuevo Testamento, tal como lo tenemos hoy, fue reconocido oficialmente en el Tercer Concilio de Cartago, en 397, y por la Iglesia Oriental alrededor del año 500.³

A pesar de esto, la fijación del canon bíblico no fue decisión de los escritores, los dirigentes religiosos, o un concilio eclesiástico. Más bien, el proceso de aceptación de estos libros en particular como Escrituras, fue obra de la influencia providencial del Espíritu Santo sobre el pueblo de Dios. El canon fue formado por consenso, y no por decreto. La Iglesia no decidió cuáles libros deberían estar en el canon bíblico, sino que se limitó a reconocer aquéllos que ya había reconocido el pueblo de Dios como Palabra suya. Se ve claramente que la Iglesia no fue la autoridad, sino que vio esta autoridad en la Palabra inspirada.

Con todo, se han sugerido diversos principios orientadores, o criterios, en cuanto a los escritos canónicos. Éstos son la apostolicidad, la universalidad, el uso de la Iglesia, la supervivencia, la autoridad, la edad, el contenido, el autor, la autenticidad y las cualidades dinámicas. Era primordial el saber si el escrito era considerado como inspirado. Sólo aquellos escritos que habían salido de la boca de Dios llegaban a la medida de la Palabra de Dios llena de autoridad.

El canon bíblico está cerrado. La autorrevelación infalible de Dios ha

sido puesta por escrito. Hoy, Él sigue hablando en esa Palabra y a través de ella. Así como se reveló a sí mismo e inspiró en los escritores la puesta por escrito de esa revelación, también conservó esos escritos inspirados y guió a su pueblo en su selección, para asegurarse de que su verdad fuera conocida. No se les debe añadir ningún escrito más a las Escrituras canónicas, ni se les debe quitar ninguno. El canon contiene las raíces históricas de la iglesia cristiana, y “no se puede rehacer, por la sencilla razón de que no se puede rehacer la historia”.¹

3.8 EL ESPÍRITU SANTO Y LA PALABRA

3.8.1 *La inspiración*

Las Escrituras salieron de la boca de Dios, a medida que el Espíritu Santo inspiraba a los hombres a escribir en su nombre. Debido a su iniciativa y supervisión, las palabras de los escritores eran realmente Palabra de Dios. Por lo menos en algunas ocasiones, los escritores bíblicos estaban conscientes de que su mensaje no era de simple sabiduría humana, sino “con las [palabras] que enseña el Espíritu” (1 [Corintios 2:13](#)).

Otros tuvieron también conciencia de esta cualidad de inspirados por el Espíritu que tienen los escritos de la Biblia, tal como se puede ver en expresiones como las siguientes: “Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo ...” ([Marcos 12:36](#)); “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí” ([2 Samuel 23:2](#)); “Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David ...” ([Hechos 1:16](#)); “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo ...” ([Hechos 28:25](#)); “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz ...” ([Hebreos 3:7](#)); “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Éste es el pacto que haré con ellos ...” ([Hebreos 10:15–16](#)). Así, cualesquiera que fuesen los escritores — ya se tratase de Moisés, David, Lucas, Pablo o un desconocido (para nosotros) — escribieron “siendo inspirados por el Espíritu Santo” ([2 Pedro 1:21](#)).

Algunos han considerado equivocadamente esta inspiración del Espíritu como un dictado mecánico de las Escrituras, apelando a una autoridad tan notable como Juan Calvino. Ciertamente, Calvino usa varias veces el término “dictar” en conjunción con la inspiración del Espíritu. Por ejemplo: “Quienquiera que fuese el escritor del Salmo, el Espíritu Santo parece haber dictado con su boca una fórmula común de oración para la

Iglesia en su aflicción.”¹ Sin embargo, Calvino usa el término “dictar” en un sentido menos estricto que el que se entiende en el presente cuando se sostiene el punto de vista del dictado sobre la inspiración. El reformador estaba consciente de la contribución de los autores humanos en aspectos como el estilo del escrito. Veamos esta observación sobre el estilo de Ezequiel:

Ezequiel usa de verbosidad en esta narración. Con todo, al comienzo del libro dijimos que, puesto que el maestro había sido enviado a hombres muy torpes y tardos de entendimiento, por eso usó un estilo rudo ... Lo había adquirido en parte en la región donde habitaba.²

Por tanto, Calvino sí creía que Dios preparaba a los escritores bíblicos por medio de diversas experiencias en la vida, y que el Espíritu Santo hablaba de acuerdo al estilo del escritor necesario para cada ocasión en particular. Ya sea para alcanzar a las personas cultas o a las incultas, “el Espíritu Santo atempera de tal forma su estilo, que la sublimidad de las verdades que enseña no queda escondida”.³

El Espíritu Santo, usando la personalidad, experiencia, capacidad y estilo de los autores humanos, supervisó sus escritos para asegurarse de que el mensaje de Dios fuera comunicado exacta y plenamente. Tal como Jesús había prometido, el Espíritu los guió a toda verdad, les hizo recordar y les enseñó todo cuanto se necesitaba para la revelación de Dios (Juan 14–16).

3.8.2 La regeneración

La obra del Espíritu Santo es complementaria con la obra de Cristo en la regeneración. Cristo murió en la cruz para hacer posible que el pecador recibiera vida de nuevo para Dios. Mediante el nuevo nacimiento espiritual, se entra al reino de Dios (Juan 3:3). El Espíritu Santo aplica la obra salvadora de Cristo al corazón de la persona. Obra en el corazón humano para convencerlo de pecado y producir fe en el sacrificio expiatorio de Cristo. Esta fe es responsable de la regeneración por medio de la unión con Cristo.

Sin embargo, no se debe considerar de forma abstracta esta fe regeneradora producida por el Espíritu Santo. No existe en el vacío, sino que surge en la relación con la Palabra de Dios. La fe viene por el oír la Palabra de Dios (Romanos 10:17). No sólo fue responsable el Espíritu Santo de la puesta por escrito del mensaje de salvación que hallamos en la Biblia. Si Dios ha hablado a la humanidad en ella, entonces el Espíritu

Santo deberá convencer a las personas de esta realidad. El Espíritu no convence sólo con respecto a una veracidad general de las Escrituras, sino con respecto a una poderosa aplicación personal de esa verdad ([Juan 16:8-11](#)). Cristo, como Salvador personal, es el objeto de la fe producida en el corazón por el Espíritu. Esta fe está inseparablemente atada a las promesas divinas de gracia que aparecen a lo largo y ancho de toda la Biblia. “Tanto el Espíritu como la Palabra son necesarios. El Espíritu toma la Palabra y la aplica al corazón para traer arrepentimiento y fe, y a través de ellos, vida.”¹ Por esta razón, la Biblia habla de la regeneración, tanto en función de “nacer del Espíritu” como en función de renacer “por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” ([1 Pedro 1:23](#); véase también [Juan 3:5](#)).

3.8.3 La iluminación

La doctrina de la *iluminación* del Espíritu comprende la obra del Espíritu Santo en la aceptación, comprensión y apropiación de la Palabra de Dios por parte de una persona. Anteriormente consideramos una serie de evidencias internas y externas a favor del hecho de que la Biblia es la Palabra de Dios. Sin embargo, más poderoso y convincente que todas ellas es el testimonio interno del Espíritu Santo. Mientras que las evidencias son importantes y el Espíritu puede usarlas, a fin de cuentas es la autoridad de la voz del Espíritu en el corazón humano la que produce la convicción de que las Escrituras son ciertamente la Palabra de Dios.²

Sin el Espíritu, la humanidad ni acepta ni comprende las verdades que proceden del Espíritu de Dios. El rechazo de la verdad de Dios por los incrédulos está unido a su falta de comprensión espiritual. Ven las cosas de Dios como locura ([1 Corintios 1:22-23](#); [2:14](#)). Jesús describe a los incrédulos como aquéllos que oyen, pero no comprenden ([Mateo 13:13-15](#)). A causa del pecado, “se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” ([Romanos 1:21](#)). “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio” ([2 Corintios 4:4](#)). Su única esperanza de comprensión espiritual (es decir, de llegar a captar la verdad de Dios) es la iluminación del Espíritu ([Efesios 1:18](#); [1 Juan 5:20](#)). La percepción espiritual inicial tiene por resultado la regeneración, pero también abre la puerta a una nueva vida de crecimiento en el conocimiento de Dios.

Aunque las promesas de [Juan 14](#) a [16](#) con respecto a la guía y enseñanza del Espíritu se refieren de manera especial a los discípulos de Jesús que serían usados para escribir el Nuevo Testamento, hay un sentido

de continuidad en el cual este ministerio del Espíritu se relaciona con todos los creyentes. “El mismo Maestro continúa también su obra de enseñanza en nosotros, no trayéndonos revelación nueva, sino para traernos un nuevo entendimiento, una nueva comprensión, una nueva iluminación. Con todo, Él no se limita a mostrarnos la verdad. Nos trae a la verdad, y nos ayuda a ponerla en acción.”¹

Es importante mantener juntas la Palabra escrita de Dios y la iluminación del Espíritu: lo que el Espíritu ilumina es la verdad de la Palabra de Dios, y no un contenido místico escondido detrás de esa revelación. Cuando el Espíritu Santo dilucida la verdad, no pasa por encima de la mente humana, sino que la aviva. “La revelación se deriva de la Biblia, no de la experiencia, ni del Espíritu Santo como segunda fuente a la par de las Escrituras, e independiente de ellas.”² Ni siquiera los dones de manifestación dados por el Espíritu Santo son en manera alguna iguales a las Escrituras, y deben ser juzgados a partir de ellas (1 Corintios 12:10; 14:29; 1 Juan 4:1). El Espíritu Santo ni altera ni expande la verdad de la revelación de Dios dada en las Escrituras. Éstas sirven como la única norma necesaria y objetiva a través de la cual se sigue escuchando la voz del Espíritu Santo.

La iluminación del Espíritu no tiene el propósito de ser un atajo para llegar al conocimiento bíblico, ni un sustituto del estudio sincero de la Palabra de Dios. Al contrario; a medida que vamos estudiando las Escrituras, el Espíritu Santo nos da comprensión espiritual, lo cual incluye tanto la fe como la persuasión. “Su operación no hace inútil la investigación filológica y exegética, porque Él obra en el corazón del propio intérprete, creando esa receptividad interna gracias a la cual ‘escucha’ realmente la Palabra de Dios.”³ Haciendo que tanto el corazón como la cabeza escuchen la Palabra, el Espíritu produce una convicción con respecto a la verdad, que tiene por consecuencia una anhelante apropiación (Romanos 10:17; Efesios 3:19; 1 Tesalonicenses 1:5; 2:13).

La neo-ortodoxia tiende a confundir la inspiración y la iluminación, al considerar que las Escrituras “se convierten” en la Palabra de Dios cuando el Espíritu Santo confronta a una persona a través de esos escritos humanos. Según la neo-ortodoxia, la Escritura sólo es revelación cuándo y dónde el Espíritu habla existencialmente. El texto bíblico no tiene un significado objetivo definido. “Puesto que no hay verdades reveladas, sino sólo verdades de revelación, la forma en que una persona interprete un encuentro con Dios puede ser diferente a la comprensión de otra persona.”¹

En cambio, los evangélicos consideran que la Escritura es la Palabra objetiva de Dios escrita, inspirada por el Espíritu en el momento de escribirse. La comunicación verdadera acerca de Dios está presente de forma proposicional, tanto si reconocemos, rechazamos o abrazamos dicha verdad, como si no lo hacemos. La autoridad de la Escritura es intrínseca a ella, debido a la inspiración, y no depende de la iluminación. Es distinta al testimonio del Espíritu y antecedente a él. El Espíritu Santo ilumina lo que Él mismo ya ha inspirado, y su iluminación se adhiere solamente a esa Palabra escrita.

3.9 LA PALABRA ESCRITA Y LA PALABRA VIVA

La revelación hecha por Dios sobre sí mismo se centra en Jesucristo. Él es el *Lógos* de Dios. Él es la Palabra viva, la Palabra encarnada, que revela al Dios eterno en términos humanos. El título de *Lógos* es exclusivo de los escritos juaninos de las Escrituras, aunque el uso de este término era importante en la filosofía griega de aquellos tiempos. Algunos han tratado de conectar el uso que hace Juan de ella con el de los estoicos, o los primeros gnósticos, o con los escritos de Filón. La erudición más reciente sugiere que la influencia primaria sobre Juan la ejerció su fondo cultural en el Antiguo Testamento y en el cristianismo. No obstante, es probable que estuviese consciente de las connotaciones más amplias del término y que lo haya usado intencionalmente con el propósito de darle un significado adicional y único.²

El *Lógos* es identificado tanto con la Palabra creadora de Dios como con su Palabra de autoridad (ley para toda la humanidad). Juan sorprende a la imaginación al presentar al *Lógos* eterno, el Creador de todas las cosas, totalmente Dios en sí mismo, al hacerse carne esa Palabra para vivir en medio de su creación ([Juan 1:1-3, 14](#)). “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, *él le ha dado a conocer*” ([Juan 1:18](#)). Esta Palabra viva ha sido vista, oída, tocada y ahora proclamada a través de la Palabra escrita ([1 Juan 1:1-3](#)). La Biblia termina con el *Lógos* viviente de Dios, fiel y verdadero, suspendido sobre los balcones del cielo, listo para regresar como Rey de reyes y Señor de señores ([Apocalipsis 19:11-16](#)).

La revelación más alta de Dios es la hecha en su Hijo. Durante muchos siglos, a través de las palabras de los escritores del Antiguo Testamento, Dios se había ido dando a conocer de manera progresiva. Tipos, figuras y sombras desplegaron paulatinamente su plan para la redención de la humanidad perdida ([Colosenses 2:17](#)). Entonces, en la plenitud de los

tiempos, Dios envió a su Hijo para que lo revelase más perfectamente, y para que ejecutase ese misericordioso plan por medio de su muerte en la cruz (1 Corintios 1:17–25; Gálatas 4:4). Todas las revelaciones de la Escritura anteriores y posteriores a la encarnación de Cristo se centran en Él. Las numerosas fuentes y los medios de revelación previos apuntaban hacia su venida y la prefiguraban. Toda la revelación posterior magnifica y explica la razón por la que Él vino. La revelación de sí mismo hecha por Dios comenzó críptica y pequeña, progresó a través del tiempo y llegó a su punto culminante en la encarnación de su Hijo. Jesús es la revelación más plena de Dios. Ninguno de los escritos inspirados que le siguen añade alguna revelación mayor, sino que amplifican la grandeza de su aparición. “[El Espíritu] no hablará por su propia cuenta ... Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:13–14).

En la persona de Jesucristo coinciden la fuente y el contenido de la revelación. Él no fue solamente un canal de la revelación de Dios, tal como lo fueron los profetas y los apóstoles. Él mismo es “el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). Él es “el camino, y la verdad, y la vida”; conocerlo es conocer también al Padre (Juan 14:6–7). Los profetas decían: “Vino a mí la Palabra de Jehová”, pero Jesús decía: “Yo os digo.” Jesús invirtió el uso del “amén” al comenzar sus declaraciones con un “De cierto, de cierto te digo” (Juan 3:3). Por el hecho mismo de ser Él quien la decía, la verdad quedaba inmediata y firmemente declarada.

Cristo es la clave que abre el significado de las Escrituras (Lucas 24:25–27; Juan 5:39–40; Hechos 17:2–3; 28:23; 2 Timoteo 3:15). Ellas dan testimonio de Él y guían a la salvación que Él nos proporcionó con su muerte. Sin embargo, el que las Escrituras se centren en Cristo no nos autoriza a abandonar descuidadamente el texto bíblico en aquellas secciones que parecen desprovistas de información cristológica manifiesta. Clark H. Pinnock nos recuerda prudentemente que “Cristo es la *Guía* hermenéutica al significado de la Escritura; no su *bisturí crítico*”.¹ La actitud misma de Cristo hacia toda la Escritura era de total confianza y aceptación plena. La revelación especial en Cristo y en las Escrituras es coherente, concurrente y conclusiva. Se encuentra a Cristo mediante las Escrituras, y en las Escrituras, al que encuentra es a Cristo. “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

3.10 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. El animismo suele comprender la adoración de diversos aspectos de la naturaleza. Reflexione en la forma en que esto se relacionaría con la revelación general. ¿Podría servir la revelación general como puente para testificarles a los animistas? ¿Cómo?
2. La Biblia sostiene el valor de la revelación general. Sin embargo, el pecado ha dejado en esta revelación una huella negativa. ¿Cómo se ha de entender la revelación general antes de la caída del hombre, en el presente con respecto al hombre pecador, y en el presente con respecto al hombre redimido?
3. La doctrina de la inspiración de la Escritura no requiere que los autores sólo hayan transcrito mecánicamente lo que Dios quería comunicar. Los escritores retuvieron su propio estilo literario y su propia forma personal. Escoja dos autores bíblicos y observe algunas de sus características como escritores.
4. Se ha apelado tanto a la profecía bíblica como a la arqueología bíblica como poseedoras de evidencias a favor del carácter único de la Biblia. Recopile una lista de profecías bíblicas con su cumplimiento, y una lista de descubrimientos arqueológicos que apoyen el contenido de la Biblia.
5. La doctrina de la inerrancia bíblica se refiere a los autógrafos bíblicos. Puesto que no tenemos ninguno de los autógrafos, ¿cómo se relaciona la inerrancia a las versiones y traducciones de la Biblia que usamos hoy?
6. La mayoría de las religiones no cristianas tienen sus propios libros sagrados. ¿En qué sentidos es única la Biblia en medio de estos escritos?
7. Escoja dos pasajes de las Escrituras que parezcan contradecirse, o un pasaje que parezca contener un error. Sugiera una solución posible.
8. ¿Cómo se relacionan los dones espirituales, como la profecía, las lenguas y la interpretación, al concepto de un canon cerrado de las Escrituras?

¹ Emil Brunner, *Revelation and Reason* (Philadelphia: The Westminster Press, 1946), p. 20.

² Dewey M. Beegle, "The Biblical Concept of Revelation", en *The Authoritative Word*, editor, Donald K. McKim (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1983), p. 95. Beegle sugiere que la Biblia

usa más de treinta términos asociados con el concepto de revelación.

1 James Oliver Buswell, *A Systematic Theology of the Christian Religion*, vol. 1 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1962), p. 183.

2 Afirmaciones que declaran algo acerca de Dios.

3 Esto es, el conocimiento que procede de nuestra propia experiencia personal.

4 Clark H. Pinnock, *Biblical Revelation-The Foundation of Christian Theology* (Chicago: Moody Press, 1971), p. 24.

5 Cornelius Van Til, *The Defense of the Faith* (Filadelfia: The Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1972), p. 37.

1 Cornelius Van Til, *An Introduction to Systematic Theology* (Phillipsburg, N. J.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1978), p. 63.

2 Brunner, *Revelation and Reason*, pp. 23, 30.

3 J. Gresham Machen, *The Christian Faith in the Modern World* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1936), pp. 14–15.

4 J. Rodman Williams, *Renewal Theology*, vol. 1 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1988), p. 31.

1 Karl Barth, *Church Dogmatics*, vol. 1 (Edimburgo: T. & T. Clark, 1975), p. 321.

2 Carl F. H. Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 2 (Waco, Tex.: Word Books, 1976), p. 19.

3 Véase “The Larger Catechism”, en *The Westminster Standards* (Filadelfia: Board of Christian Education of the Presbyterian Church in the U.S.A., 1925), pregunta y respuesta nº 1.

4 Brunner, *Revelation and Reason*, p. 42.

1 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 31.

2 Pinnock, *Biblical Revelation*, p. 29.

3 *The Confessions of St. Augustine*, traducción al inglés de Edward B. Pusey (Nueva York: P. F. Collier and Son Corporation, 1937), p. 5.

4 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 38.

1 *Ibíd.*, p. 50.

2 *Ibíd.*, p. 48.

1 Walther Eichrodt, *Theology of the Old Testament*, vol. 1 (Filadelfia: The Westminster Press, 1967), p. 226.

2 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 2, pp. 72–73.

1 La teología natural desarrolla sus ideas usando la razón humana sin contar con la revelación divina, y con frecuencia de una manera crítica que llega incluso al rechazo de la misma. Es frecuente que haga de la razón del propio individuo la autoridad decisiva.

2 Williams, *Renewal Theology*, vol. 1, p. 34.

1 Bruce A. Demarest, *General Revelation: Historical Views and Contemporary Issues* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1982), p. 36.

1 Demarest, *General Revelation*, p. 238.

2 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 98.

1 Demarest, *General Revelation*, p. 128.

2 *Ibíd.*, pp. 229, 243.

1 Los judíos tenían tanto la ley escrita como la ley del corazón.

2 Gr. *synéidesis*, “con-conocimiento”, “comprensión consciente, moral o espiritual”.

3 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 85.

4 Estos aspectos son las realidades de que Dios existe ([Salmo 19:1](#); [Romanos 1:19](#)) y de que no ha sido creado ([Hechos 17:24](#)); de que tiene normas ([Romanos 2:15](#)), exige de las personas que hagan el bien ([Romanos 2:15](#)) y castiga el mal ([Romanos 2:15–16](#)); de que es el Creador ([Hechos 14:15](#)), el Sustentador ([Hechos 14:17](#); [17:25](#)) y el Señor ([Hechos 17:24](#)), y es autosuficiente ([Hechos 17:24](#)), trascendente ([Hechos 17:24](#)), inmanente ([Hechos 17:26–27](#)), eterno ([Salmo 93:2](#)), grande ([Salmo 8:3–4](#)), majestuoso ([Salmo 29:4](#)), poderoso ([Salmo 29:4](#); [Romanos 1:20](#)), sabio ([Salmo 104:24](#)), bueno ([Hechos 14:17](#)), justo ([Romanos 1:32](#)), soberano ([Hechos 17:26](#)) y digno de ser adorado ([Hechos 14:15](#); [17:23](#)). Demarest, *General Revelation*, p. 243.

1 *Ibíd.*

2 Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), p. 170.

3 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 129.

4 Véase, por ejemplo, el esquema de las religiones, por Raimundo Panikkar, en escritos como *The Unknown Christ of Hinduism* (Londres: Darton, Longman and Todd, 1964).

1 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, pp. 130, 136.

2 James Montgomery Boice, *The Sovereign God* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1978), p. 34.

3 Erickson, *Christian Theology*, p. 173.

4 Ibídem.

1 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 86.

2 Demarest, *General Revelation*, p. 247.

3 Para la neo-ortodoxia no se trata del Cristo histórico, esto es, Jesús, sino del Cristo proclamado en la Iglesia.

4 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 1, p. 80. Véase Barth, *Church Dogmatics*, vol. 1, cap. 1, sobre el punto de visto de la neo-ortodoxia.

1 Demarest, *General Revelation*, p. 128.

2 Erickson, *Christian Theology*, pp. 179–180.

3 Ibíd., pp. 180–181.

1 Ibíd., p. 180.

2 Williams, *Renewal Theology*, vol. 1, p. 37.

1 Kenneth S. Kantzer, “The Christ-Revelation as Act and Interpretation” en *Jesus of Nazareth: Savior and Lord*, editor, Carl F. H. Henry (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1966), p. 252.

2 George E. Ladd, *The New Testament and Criticism* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1967), p. 27.

3 Pinnock, *Biblical Revelation*, p. 34.

4 Barth, *Church Dogmatics*, vol. 1, pp. 99ss.

5 Benjamín B. Warfield, “The Divine and Human in the Bible” en *The Princeton Theology 1812–1921*, editor, Mark A. Noll (Grand Rapids: Baker Book House, 1983), p. 278.

1 Benjamín B. Warfield, *The Inspiration and Authority of the Bible* (Filadelfia: The Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1970), p. 161.

2 Carl F. Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 3 (Waco, Texas: Word Books, 1979), p. 455.

3 Erickson, *Christian Theology*, pp. 196–197.

1 J. I. Packer, “Sola Scriptura’ in History and Today”, en *God’s Inerrant Word*, editor, John Warwick Montgomery (Minneapolis, Minn.: Bethany Fellowship, 1974), p. 45.

1 John Bright, *The Authority of the Old Testament*, (Nashville: Abingdon Press, 1967), p. 31.

2 Barth, *Church Dogmatics*, vol. 1, p. 110.

3 Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 3, p. 462.

4 David Martyn Lloyd-Jones, *Authority* Londres: *Inter-Varsity Fellowship*, 1958), pp. 7, 8. No obstante se debe hacer notar que la Declaración de Verdades Fundamentales de las Asambleas de Dios de EE. UU. pone en primer lugar la inspiración y autoridad de las Escrituras.

5 Erickson, *Christian Theology*, páginas 244–245.

1 Al hacer esto, ignoran la indicación bíblica de que “los demás juzguen” (1 Corintios 14:29).

2 Charles Hodge, “The Scriptures Are the Word of God”, en *The Princeton Theology 1812–1921*, editor, Mark A. Noll Grand Rapids: Baker Book House, 1983), p. 133.

1 Reuben A. Torrey, *The Bible and Its Christ* Nueva York: Fleming H. Revell, 1904), p. 26.

2 Josh McDowell, *Evidence that Demands a Verdict: Historical Evidences for the Christian Faith* San Bernardino, Calif.: Campus Crusade for Christ International, 1972), pp. 19–20.

3 F. F. Bruce, *The Books and the Parchments*, ed. revisada Westwood, N. J.: Fleming H. Revell, 1963), p. 88.

4 Una de las razones por las que algunos libros antiguos no quedaron incluidos en el canon de las Escrituras, es que no se ajustan a las Escrituras o no contribuyen a su armonía. Véase el estudio sobre el canon.

5 Augustus H. Strong, *Systematic Theology* Londres: Pickering & Inglis, 1907), p. 175).

1 Henry C. Thiessen, *Lectures in Systematic Theology*, edición revisada Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1979), p. 48.

2 Floyd Hamilton, *The Basis of Christian Faith* Nueva York: Harper and Brothers, 1927), p. 297.

3 McDowell, *Evidence*, capítulos 9 y 11. Josh McDowell proporciona noventa páginas de análisis sobre profecías predictivas de la Biblia y su cumplimiento.

1 Peter W. Stoner, *Science Speaks* Chicago: Moody Press, 1963), p. 106.

2 Ya en 1992, se habían traducido las Escrituras a numerosos idiomas: 1,964 idiomas vivos tenían parte de las Escrituras, 276 idiomas tenían toda la Biblia y 676 tenían todo el Nuevo Testamento. Bárbara F. Grimes, editora, *Ethnologue: Languages of the World*, 12ª edición Dallas: Summer Institute of Linguistics, 1992), p. 931.

3 Thiessen, *Systematic Theology*, p. 47.

4 Keith N. Schoville, *Biblical Archaeology in Focus* Grand Rapids: Baker Book House, 1978), p. 194.

1 McDowell, *Evidence*, p. 24.

2 William F. Albright, *The Archaeology of Palestine*, edición revisada Nueva York: Pelican Books, 1960), pp. 127–128.

³ Kenneth S. Kantzer, “Biblical Authority: Where Both Fundamentalists and Neoevangelicals Are Right”, *Christianity Today*, 7 de octubre de 1983, p. 12.

¹ El Nuevo Testamento en el original griego se encuentra en 88 papiros, 257 manuscritos unciales (en mayúsculas) en pergamino, en 2,795 manuscritos en minúsculas, y en más de 2,200 leccionarios (manuscritos con porciones del Nuevo Testamento dispuestas para la lectura diaria o semanal). Véase Kurt Aland y Bárbara Aland, *The Text of the New Testament: An introduction to the Critical Editions and to the Theory and Practice of Modern Textual Criticism*, traducción al inglés de Erroll F. Rhodes Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1987), pp. 102, 105, 128, 160. Podemos comparar esto con la *Ilíada* de Homero, conservada en 457 papiros, 2 manuscritos unciales y 188 manuscritos en minúsculas. Véase Bruce M. Metzger, *The Text of the New Testament: Its Transmission, Corruption, and Restoration*, 3ª edición (Oxford: Oxford University Press, 1992), p. 34.

² Emery H. Bancroft, *Christian Theology* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1949), p. 360.

³ Sidney Collet, *All About the Bible*, 20ª edición (Nueva York: Fleming H. Revell Company, 1934), p. 63.

⁴ Norman Geisler, *Christian Apologetics* (Grand Rapids: Baker Book House, 1976), p. 308.

¹ Bruce M. Metzger, *Chapters in the History of New Testament Textual Criticism* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1963), pp. 148–151.

² Geisler, *Apologetics*, p. 308.

¹ John W. Wenham, *Christ and the Bible* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1973), p. 22.

² Geisler, *Apologetics*, 362.

³ Wenham, *Christ and the Bible*, p. 47.

¹ Véase “[La inspiración de las Escrituras](#)”, pp. 92–97.

¹ Geoffrey W. Bromiley, “The Inspiration and Authority of Scripture”, *Eternity*, agosto de 1970, p. 20.

¹ Thiessen, *Systematic Theology*, p. 68.

¹ “Tanto el uso paulino como la sintaxis griega de [2 Timoteo 3:16](#) piden la traducción ‘Toda la Escritura es inspirada por Dios.’” *The New Testament Greek-English Dictionary*, Zeta-Kappa, vol. 13 en *The Complete Biblical Library* (Springfield, Mo.: The Complete Biblical Library, 1990), p. 87.

¹ Erickson, *Christian Theology*, p. 201.

¹ La Biblia indica que la orientación divina comenzaba desde el momento mismo de la concepción ([Jeremías 1:5](#)). El Espíritu Santo no sólo guiaba a los escritores mientras escribían,

sino también a lo largo de todas sus experiencias y su desarrollo, de tal manera que incluso su vocabulario estaba preparado para que escribiesen la verdad de la forma en que Él quería que quedase escrita.

¹ En el noveno siglo, el escolasticismo le comenzó a dar importancia a la razón por encima de la autoridad bíblica, a través de hombres de la escuela, como Juan Escoto. Véase “The Church Doctrine of Biblical Authority”, Jack B. Rogers, *The Authoritative Word*, editor, Donald K. McKim (Grand Rapids, Wm. B. Eerdmans, 1983); Pinnock, *Biblical Revelation*; Robert D. Preus, “The View of the Bible Held by the Church: The Early Church Through Luther”, en *Inerrancy*, Norman L. Geisler, editor (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1979).

¹ Pinnock, *Biblical Revelation*, pp. 74, 154.

² Agustín, “The Confessions and Letters of St. Augustine, with a Sketch of His Life and Work”, en *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, editor, Philip Schaff (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, reimpresión de 1988), carta 32.

¹ R. C. Sproul, *Knowing Scripture* Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1978), p. 34.

² Geisler, *Inerrancy*, p. 373.

³ *Ibíd.*, p. 391.

⁴ *Ibíd.* La disertación doctoral de Kenneth Kantzer es una excelente defensa del punto de vista de Calvino sobre la inerrancia.

⁵ Carl F. H. Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 4 (Waco, Tex.: Word Books, 1979), p. 164.

¹ Pinnock, *Biblical Revelation*, p. 74.

¹ Kenneth S. Kantzer, “Evangelicals and the Doctrine of Inerrancy”, en *The Foundations of Biblical Authority*, editor, James M. Boice (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1978), p. 155.

¹ Henry, *God, Revelation, and Authority*, vol. 4, p. 204. Notemos que el lenguaje científico no fue inventado hasta los tiempos modernos. La Biblia usa el lenguaje cotidiano; por ejemplo, habla de una puesta de sol tal como nosotros lo hacemos. Sin embargo, cuando la Biblia da enseñanzas concretas en el terreno de la ciencia o de la historia, sostenemos que esas enseñanzas son inerrantes.

¹ Los católicos romanos y otros grupos incluyen además catorce libros de los apócrifos del Antiguo Testamento. Estos libros fueron incluidos en la versión de los Setenta. La Iglesia Primitiva en general los consideraba como dignos de ser leídos, pero no como inspirados. Algunos de los libros, como el Primero de los Macabeos, contienen buena historia. Otros contienen errores y doctrinas contrarias a la Biblia. Jerónimo, el traductor de la Vulgata Latina, no los consideraba al mismo nivel que los sesenta y seis libros del canon. Todos los reformadores los rechazaron.

² Lee Martín McDonald, *The Formation of the Christian Biblical Canon* (Nashville: Abingdon Press,

1988), p. 40.

¹ El sanedrín judío se trasladó a Jamnia (Jabneel, Jabné), al sur suroeste de Jerusalén, después de destruida la ciudad. Hay pocas evidencias acerca de alguna discusión oficial o de un “Concilio de Jamnia”. No obstante, durante este período se produjo un consenso general, al que probablemente se llegara desde el uso establecido. Véase William LaSor, David Hubbard, Frederic Bush, *Old Testament Survey: The Message, Form and Background of the Old Testament* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1982), p. 22.

² F. F. Bruce, “Tradition and the Canon of Scripture”, en *The Authoritative Word*, editor, Donald K. McKim (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1983), p. 65.

³ Thiessen, *Lectures in Systematic Theology*, pp. 60–61.

¹ Bruce M. Metzger, *The Canon of the New Testament* (Oxford: Clarendon Press, 1987), p. 275.

¹ Juan Calvino, *Commentary on the Book of Psalms*, vol. 2, traducción al inglés de James Anderson Grand Rapids: Baker Book House, 1984), p. 205.

² Juan Calvino *Commentaries on the Prophet Ezekiel*, vol. 1, traducción al inglés, John Owen Grand Rapids: Baker Book House, 1984), p. 392.

³ Calvino, *Commentary on Psalms*, p. 229.

¹ Stanley M. Horton, *El Espíritu Santo revelado en la Biblia* (Editorial Vida, 1980).

² Calvino, *Institutes*, I, vii, 4, 5.

¹ Horton, *El Espíritu Santo revelado en la Biblia*.

² Henry, *God, Revelation and Authority*, vol. 4, p. 284.

³ Pinnock, *Biblical Revelation*, p. 215.

¹ Erickson, *Christian Theology*, p. 253.

² Ruth B. Edwards, “Word” en *The International Standard Bible Encyclopedia*, vol. 5, editor, (Geoffrey W. Bromiley Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans 1915), p. 3105.

¹ Pinnock, *Biblical Revelation*, p. 37.